OBRAS MODERNAS EDUCATIVAS

LA LIBERTAD CAÍDA

Drama trágico en cinco actos divididos en quince cuadros

ORIGINAL

DE

JOSE FOLA IGURBIDE

Estrenado con éxito inmenso en el Teatro Apolo de Barcelona
la noche del 16 de Diciembre de 1911

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

LA LIBERTAD CAIDA

Drama trágico en cinco actos divididos en quince cuadros

(Segunda parte de EL SOL DE LA HUMANIDAD)

ORIGINAL DE

José Fola Igúrbide

Estrenado con éxito inmenso en el Teatro Apolo, de Barcelona
la noche del 16 de Diciembre de 1911

JUNTA DELEGA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BURRAS

N.º de la procedencia
S 243

CASA EDITORIAL MAUCCI

ran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

PRINTED IN SPAIN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá representarla, traducirla ni reimprimirla.—La «Sociedad de Autores Españoles» está encargada del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

A mi amigo queridísimo y distinguido primer actor

Don Miguel Rojas

Yo sólo soy el autor espiritual de LA LIBERTAD CAÍDA. Usted ha sido su padre carnal, revistiendo el drama, de las formas escénicas, de un modo admirable, a merced de las grandes facultades de dirección artística que usted posee.

Deseo ser justo con todos. En total la ejecución que ha obtenido mi obra, ha superado a mis esperanzas. Lola Puchol personifica de un modo tierno y exquisito el sentimiento de la madre dolorida, Trinidad Guitart, frente al cuadro de «La Libertad Caída», parece una consumada profesora en el arte pictórico. La señora Rodríguez, con ese tono ingenuo y encantador que Dios la ha dado, conmueve y oprime los corazones cuando la conducen a la sala del tormento. Paquita Doménech es el ángel de aquel idilio que acaba al pie de la cruz. Concha Gassó muy bien en la princesa Olga Rexia. El Roberto Padewski aparece en escena como cuando salió del horno de mi inspiración; porque usted, amigo Rojas, se trasmuta, se desdobla y lo vivifica con el soplo cálido de la humanidad. Perelló ha resucitado a León Tolstoi. Carnicero no interpreta el papel de Kurok, es el propio Kurok. Delhor se excede a sí mismo en las situaciones dramáticas y difíciles del ex-capitán Guillermo. Ginvernato es un general arrancado del Estado Mayor del Ejército ruso. Sierra imprime al carácter de Iván, el Malo, todos los tonos sombríos que le pertenecen. El discreto Guilemany,

725357

el incomparable Sanchiz y el veterano Viñals hacen deliciosamente la escena de los labriegos. No hay que olvidar a Estrems, Casanova y Crespo, quienes se ciñen a sus papeles. Bien merecen, todos, las estruendosas ovaciones que el público les tributa.

Con tales aptitudes compréndese la portentosa ejecución que obtiene el cuadro final de mi drama; cuadro impregnado de las tristezas del crepúsculo y de las hondas amarguras del alma. Allí es donde se ponen de relieve las facultades que el artista posee. Sólo la interpretación de aquella página de dolor bastaría para conquistarles mi más profunda admiración, si en otros pasajes y en otras obras no la hubiesen ya conquistado.

Acepte, mi querido Rojas, este sencillo homenaje.

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CATALINA, viuda del filósofo Ovaldo Padewski	Sra.	Puchol
JULIA, su hija	»	Guitart
BEATRIZ, su hija	»	Rodríguez
EMMA, su hija	Srta	Doménech
PRINCESA OLGA REXIA, del Comité Revolucionario	Sra.	Gassó
LEÓN TOLSTOI, filósofo cristiano	Sr.	Perelló
ROBERTO PADEWSKI, ingeniero mecánico	»	Rojas
KUROK, viejo revolucionario	»	Carnicero
GUILLERMO PADEWSKI, ex-capitán de Granaderos	»	Delhor
GENERAL GURBEN, primer Ministro de Rusia	»	Gimbernat
OFICIAL DE POLICÍA, esbirro del general Gurben	»	Sierra
PRESIDENTE del Comité Revolucionario	»	Estrems
CORONEL DE GRANADEROS	»	Viñals
TENIENTE DE GRANADEROS	»	Estrems
CIUDADANO I	»	Guilemany
CIUDADANO II	»	Sanchiz
GRANADERO	»	Casanova
LA SOMBRA DE OVALDO PADEWSKI	»	Perelló
LABRIEGO I	»	Sanchiz
LABRIEGO II	»	Guilemany
LABRIEGO III	»	Viñals
ALCAIDE	»	Crespo
OFICIAL DE ÓRDENES	»	Crespo

GRANADEROS, CIUDADANOS, CALABOCEROS, LABRIEGOS, GENERALES DEL IMPERIO RUSO

EPOCA CONTEMPORANEA

Este drama es continuación de EL SOL DE LA HUMANIDAD, pero puede representarse por separado sin ningún inconveniente.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala en la casa del filósofo Ovaldo Padewskil, con salidas laterales y al foro. A la derecha (nos referimos siempre al punto de vista del actor) un piano.

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena EMMA sentada en el taburete del piano, con con los ojos fijos a una pieza de música colocada en el atril. en posición invertida. JULIA, de pie, dando pinceladas a una tela que se hallará situada sobre un caballete, y BEATRIZ sentada junto a un velador formando una flor con pétalos que irá tomando de un canastillo.

BEATRIZ. Mucho tarda nuestra madre. Más de seis horas ausente... *(Pausa)* ¿No me oyes, Julia?

JULIA. Dispensa. Estaba abstraída en mi labor. ¿Qué has dicho?

BEATRIZ. Que tarda mucho en volver nuestra madre.

JULIA. ¡Ah! Sí... Sí que tarda.

BEATRIZ. Dichoso cuadro. ¡Cuánto absorbe tu imaginación!

JULIA. Sí que la absorbe. Mira... ¿No se va impregnando en este lienzo mi alma entera?

BEATRIZ. Efectivamente. Hoy me gusta más que ayer. Tus últimas pinceladas lo han llenado de luz.

JULIA. Tal es la aureola que inunda la frente de la imagen. La Libertad caída, llena de dolor, pero no vencida ni humillada.

BEATRIZ. ¿Y por qué has elegido este asunto, Julia? ¿No lo hallas peligroso en el medio ambiente que respiramos, cuando nuestro hermano Guillermo se halla en prisión, aguardando el fallo que dicte el Consejo de Guerra... Cuando Roberto ha desaparecido desde aquella funesta noche en que asaltaron la cárcel y se vieron envueltos por los cosacos?

JULIA. Calla... Parece que gozas recordándome aquella noche terrible... Escúchame, Beatriz, voy a descubrirte el fondo de mi conciencia.

BEATRIZ. ¿Por qué me lo has ocultado? Habla.

JULIA. Cuando salimos de la cárcel, después de aquella dolorosa despedida, viendo que en ella quedaba nuestro padre esperando la muerte, se secaron las lágrimas de mis ojos. Ya no he vuelto a llorar... Emma, nuestra pobre hermana, padeció una crisis más profunda... Perdió la luz del entendimiento. Ahí la tienes idiotizada en su piano desde entonces...

BEATRIZ. ¡Pobre hermana! Prosigue.

JULIA. ¡Ya lloras! Tu corazón es una fuente de ternura. En el mío se ha extinguido ese manantial...

BEATRIZ. Cierto es que te hallo desconocida.

JULIA. Sólo abrigo un sentimiento.

BEATRIZ. ¿Cuál?

JULIA. Siento en el alma no ser hombre.

BEATRIZ. ¿Para qué?

JULIA. Para luchar como hacen los hombres por la Libertad, corriendo todo género de peligros.

BEATRIZ. ¿Tú?

JULIA. Sí, yo. Y aun abrigo otro sentimiento que quiero desterrar de mi corazón y no puedo.

BEATRIZ Me sorprendes con esas revelaciones.

(En este punto Emma golpea furiosamente con ambas manos en el teclado. Beatriz y Julia se aproximan)

JULIA. ¡Emma!

BEATRIZ. ¡Emma!

EMMA. ¡Beethoven!... ¡Beethoven!

BEATRIZ. Por Dios, hermana... Tranquiliza tu espíritu.

JULIA. ¿No ves que tienes puesta al revés la pieza de música?
(Trata de ponérsela al derecho, pero lo impide Emma(.

EMMA. ¡No; no! Nuestro padre lo manda... ¿Sabéis dónde está? En la prisión. ¿No le veis? Allí le tienen cautivo. ¡Quieren matarle! ¡Quieren matarle!

BEATRIZ. ¡Pobrecita Emma!... ¿Cómo no te haces cargo de que somos nosotras, tus hermanas, quienes por tí sufren y lloran?

JULIA. *(Acariciándola)* Cabecita rubia... ¿Cómo se ha ido de tu cerebro la llamita que era el encanto de tu sér?

EMMA. Llegó la hora... ¡Padre! ¡Padre!

JULIA. Es su obsesión.

BEATRIZ. Sosiégate, alma mía.

EMMA. ¡Beethoven! ¡Beethoven!

JULIA. Esa es la música que más le agradaba. ¿Te acuerdas?

EMMA. Sí. Sí... Beethoven.

JULIA. Pero no la toques de ese modo, sino al contrario, para que resulte dulce y armoniosa.

EMMA. No... No... Nuestro padre lo manda...

BEATRIZ. *(Llorando)* No, Emma, no. Nuestro padre te mandó una vez que invirtieras la partitura.

EMMA. Sí, sí.

JULIA. Pero recuerda también que luego te dijo que la tocases como pide la ley, bien ordenada. ¿No lo recuerdas?

EMMA. Sí, sí... *(Como queriendo recordar.)*

JULIA. *(Pretendiendo volver la pieza de música).* Entonces...

EMMA. *(Oponiéndose bruscamente.)* No, no... *(Golpeando de nuevo el teclado.)* Así es como debe tocarse.

BEATRIZ. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

EMMA. *(Dejando de golpear y quedando como ensimismada, contemplando la música.)* ¡Beethoven!... ¡Beethoven!

JULIA. Vuelve a ensimismarse. Dejémosla.

(Se separan y vuelven a ocupar sus asientos.)

BEATRIZ. Cierto es que se ha secado tu corazón. No viertes ninguna lágrima.

JULIA. No puedo llorar.

BEATRIZ. Acaba de revelarme tus pensamientos.

JULIA. En mis ojos no hay lágrimas. Hay fuego. Se ha apoderado de todo mi sér la idea de vengar a mi padre...

BEATRIZ. ¿Cómo?

JULIA. ¿Me prometes callarlo y no decir nada a nuestra madre?

BEATRIZ. Sí. Lo prometo

JULIA. Nuestro padre fué fusilado aquella noche sin aguardar a que amaneciese el día. ¿Sabes por qué? Por decisión de un personaje funesto... del Ministro que se ha apoderado de la voluntad del Emperador; del enemigo más implacable que tiene en Rusia la Libertad... ¿No encuentras admirable la conducta de esas altas princesas rusas cuya diestra se arma en favor del pueblo oprimido? Pues bien, Beatriz; admiro el valor que demuestran esas mujeres... Yo también quisiera ser princesa para introducirme en los salones dorados donde el déspota se cubre de flores... Y, allí... allí... clavarle un puñal en el corazón. Que nuestro padre me perdone!...

BEATRIZ. ¿Qué dices, desdichada?

JULIA Ya lo he dicho.

BEATRIZ. ¿Estás loca?

JULIA. Lo estaré como Emma, en tal caso, pero es de dolor, de rabia, de desesperación.

BEATRIZ. Me dejas absorta... Yo que siempre te creí una corderilla.

JULIA. No. No soy una corderilla...

BEATRIZ. Acostumbras a soñar despierta. Eso debe ser un sueño. Deséchalo.

JULIA. No es sueño. Es realidad. Ven aquí, ponte enfrente de este cuadro. ¿Qué notas en él?

BEATRIZ. Algo extraño. Algo que antes no veía en tus lienzos.

JULIA. ¿Y qué más? Fíjate bien.

BEATRIZ. La expresión de un dolor intenso y de una gran energía... Parece que no es obra de mujer...

JULIA. Esto es lo que quería que notases. Y, ¿sabes por qué?... Porque mi alma ha girado. La tímida corderilla siente los ímpetus del león... El giro de mi alma se ha reflejado en este cuadro.

BEATRIZ. *(Volviendo a ocupar su asiento.)* ¡Me asustas!

JULIA. *(Acercándose a su hermana.)* Nada temas... Somos de la raza de los Padewski.

BEATRIZ. ¡Qué presentimiento tan obscuro me asalta!

JULIA. ¿Te he hecho daño? Perdón, hermana mía.

BEATRIZ. La desventura se cierne sobre esta casa.

(En este punto Emma deja su asiento y se sitúa frente al cuadro, clavando en él los ojos.)

JULIA. ¡Emma! ¿Qué hace?

BEATRIZ. Se fija en el cuadro.

JULIA. Clava en él sus ojos inciertos.

BEATRIZ. ¿Qué verá en ese lienzo?

JULIA. Algún abismo para su entendimiento.

(Emma toma el cuadro que está en el caballete y lo coloca de nuevo, invirtiéndolo.)

BEATRIZ. Lo invierte.

JULIA. Ahí está el eje de su locura.

(Emma coge el pincel como para dar algunas pinceladas sobre el lienzo. Julia evita su acción deteniendo su brazo.)

JULIA. No, mi querida Emma. Vas a echar a perder el cuadro. Así no se pinta.

EMMA. Así... Así. Nuestro padre lo manda.

JULIA. ¿Quieres pintar?

EMMA. Sí... Sí.

JULIA. *(Poniendo el cuadro como estaba.)* Pinta al derecho... No importa que lo manches con alguna mala pincelada. Pinta.

EMMA. No... No. Vamos; vamos a la prisión.

JULIA. Sí... Allí está la prisión... *(Señalando la puerta lateral derecha.)* Vé a tu gabinete. Reclínate sobre tu lecho. Descansa, pobrecita Emma, descansa...

EMMA. *(Hace mutis por donde se le indica, diciendo:)* ¡Padre! ¡Padre!

ESCENA II

JULIA y BEATRIZ

BEATRIZ. ¿Cuándo acabará su martirio?
JULIA. Cuando Dios quiera.
BEATRIZ. ¿No sientes hoy más frío que de ordinario?
JULIA. No.
BEATRIZ. Yo, sí.
JULIA. Debes hallarte desazonada. Abrígate. ¿Quieres que vaya a traerte un abrigo?
BEATRIZ. No es abrigo del cuerpo el que necesito.
JULIA. *(Besándola en la frente.)* Toma el calor del alma.
BEATRIZ. Aquí viene nuestra madre.

ESCENA III

Dichas y CATALINA por el foro

CATALINA. Nada, hijas mías *(Tomando asiento.)*
BEATRIZ. Vienes descorazonada.
CATALINA. Así es.
JULIA. Valor, madre.
CATALINA. ¿Y Emma?
JULIA. Acaba de entrar en su gabinete.
CATALINA. ¿Y la pieza de música?...
JULIA. Allí, sobre el piano, en posición invertida.
CATALINA. ¿Sigue en su fatal locura?
JULIA. Sí.
BEATRIZ. Desahoga la pena de tus desengaños en el corazón de tus hijas. ¿Qué ha ocurrido?
CATALINA. Aquí está el libro... No hay quien quiera editarlo. «La Filosofía del Bien» asusta a todos. El nombre de su autor, fusilado, les produce pánico... Témese a las iras del general Gurben, que se ha apoderado de la voluntad del Emperador.

JULIA. ¡Gurben! ¡Ah! El verdugo del pueblo.

CATALINA. Bien haces en llamarle verdugo. Tiene el pecho más duro que una roca... Le supliqué, me abracé a sus rodillas, llorando... Todo inútil.

JULIA. ¿Por qué te humillaste de ese modo; tú, la esposa de Ovaldo Padewski?

CATALINA. Por vuestro hermano... por Guillermo que está corriendo la misma suerte que su padre... El Consejo de guerra condenará a muerte...

BEATRIZ. No, madre, no.

CATALINA. No lo dudéis... No lo dudéis.

JULIA. No pierdas la esperanza.

CATALINA. Le cogieron prisionero porque estaba herido... para matarle ahora, preferible hubiera sido que le hubieran matado entonces. ¿Y Roberto? ¡Qué suerte será la suya?

JULIA. Tranquilízate... Roberto es de hierro. Acuérdate del papel que ha hecho llegar a nuestras manos... Allí escribió de su puño y letra: «Estoy vivo, y velo por vosotras.»

CATALINA. Pero no traía firma.

JULIA. En eso demuestra Roberto su gran previsión. Ten en cuenta la encarnizada persecución de que son objeto. Se les aniquila allí donde se les encuentra.

CATALINA. Tienes razón. Admiro tu energía, Julia... No te creí capaz de tanta fortaleza. Nos alientas a todos.

BEATRIZ. Pero, ¿cómo has tardado tanto?

CATALINA. He dado muchos pasos... Por último, viendo el malogro de mis esfuerzos, bajó una luz a mi cerebro... Me acordé del hombre más grande que tiene Rusia y acaso el mundo entero. El conocía mucho a vuestro padre... Admiraba sus obras, como que tienen muchos puntos de contacto con las suyas.

JULIA. ¡León Tolstoi!

CATALINA. El mismo.

BEATRIZ. ¡Tolstoi, el escritor mundial!

CATALINA. El espíritu más verdaderamente cristiano que han producido los siglos, después de Jesús.

JULIA. ¿Y qué hiciste?

CATALINA. Guiada por aquella luz que bajó a mi mente, fuí en coche a su casa para ver si podía hablarle... pero no tuve esa dicha. Se encontraba ausente... Le esperé más de una hora y tuve que venirme por temor de que se avecinase la noche.

JULIA. ¿Y tú crees que Tolstoi?...

CATALINA. El es un gran prestigio, y no dudo que si patrocina la obra se editará la «Filosofía del Bien». Es preciso que cuanto antes se cumpla la voluntad de vuestro padre. Además, necesitamos recursos para vivir... Cuantos había en casa ya se están agotando.

JULIA. No te apures, madre... Este cuadro que ahora pinto y que ya está casi terminado, nos ha de dar mucho dinero.

BEATRIZ. Yo también pienso acrecentar el caudal con mis flores y bordados.

CATALINA. ¿Olvidáis que ese dinero no nos pertenece, hijas mías?

BEATRIZ. ¿Cómo que no?

CATALINA. Acordaos de las palabras que pronunció vuestro padre: Procura que nuestras hijas sigan dedicando el producto de sus labores artísticas al socorro de los obreros faltos de trabajo.

BEATRIZ. Es verdad.

JULIA. Tienes razón. Ese dinero es de los pobres.

CATALINA. Sólo podremos aprovecharlo cuando nos veamos nosotras tan necesitadas como ellos.

BEATRIZ. ¿Piensas volver de nuevo a la casa de Tolstoi?

CATALINA. Mañana, si es que antes él no viene.

JULIA. ¡Cómo!

BEATRIZ. ¿Aún podría venir?...

CATALINA. Aun no ha expirado la tarde.

BEATRIZ. ¿En qué te fundas para creer que?...

CATALINA. En su gran corazón... En lo que me dicta el mío, y principalmente por lo que me aseguró un anciano que hallé en su casa.. «Tolstoi sentirá mucho que usted no le haya encontrado», me dijo. «Irá a verla a su casa, si hay tiempo hábil, antes de que acabe el día».

JULIA. Entonces, sí que viene.

BEATRIZ. Eso creo yo también.

CATALINA. ¡Cómo os anima la esperanza!

BEATRIZ. Tan segura estoy, que voy a la puerta a esperarle.

CATALINA. Bien, Beatriz.

BEATRIZ. Que vea que nuestras ansias se anticipan a su llegada. Hagámosle ese honor.

JULIA. Bien pensado.

BEATRIZ. Allá voy. *(Vase por el foro.)*

ESCENA IV

CATALINA y JULIA

CATALINA. Julia, hija mía; sigue tu labor. Trabaja. Yo en tanto, voy a ver a Emma. *(Vase por el cuarto derecha.)*

ESCENA V

JULIA ,cogiendo el pincel y la paleta

JULIA. ¡Poco le falta a mi obra! Una chispilla aquí de luz... A ver... Sí... Sí... Cuánto ha ganado con este toque... ¡Oh, Libertad! A medida que se iluminan tus sienes, parece que la imagen que te da vida quiera salirse del lienzo... ¡Qué importa que estés caída! Te levantarás de nuevo para bien de la Humanidad. Eso es lo que yo he querido expresar con el pincel. Y creo haberlo conseguido... ¡Oh! Sí... Mi ideal se ha revelado en este cuadro... Aquí otro toque... *(Da otra pincelada con mucha delicadeza.)* ¡Magnífico!... La inspiración guía mi brazo.

ESCENA VI

Dicha y CATALINA por la derecha

CATALINA. La hallé recostada sobre el lecho... No he despertarla.

JULIA. ¿Duerme?

CATALINA. O parece que duerme. No me hartaría de estar a su lado contemplándola, pero se me rompe el corazón. ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!... ¡Era el encanto de su padre! *(Se sienta y llora.)*

JULIA. Vamos, madre, vamos... Calma tu pena. Ven... Mira mi obra... «La Libertad Caída»... Aun no me has dicho si te gusta.

CATALINA. *(Que se levanta, guiada por Julia, para contemplar el cuadro.)* ¡Qué miro! ¿Has pintado tú este cuadro?

JULIA. ¡Cuánto me satisface tu sorpresa! Sí, madre...

CATALINA. Esta mañana no tenía semejante vigor ni colorido.

JULIA. Me sentí inspirada esta tarde...

CATALINA. Es prodigioso.

JULIA. El arte es obra de la inspiración. Ni yo misma puedo explicar cómo desde mi alma ha bajado la fuerza a mis manos para que el pincel haga tan hermoso oficio.

ESCENA VII

Dichas y BEATRIZ por el foro

BEATRIZ. ¡Madre!

CATALINA. ¿Ha venido?

BEATRIZ. Sí.

JULIA. ¿Tolstoi?

BEATRIZ. Sí. León Tolstoi.

CATALINA. ¿Por qué le has detenido?

BEATRIZ. Porque me ha rogado que le anuncie.

CATALINA. Que pase al punto.

JULIA. Sola te dejo, madre.

CATALINA. Sí; vete, hija mía.

(Vase Julia por la izquierda.)

ESCENA VIII

Dichas y TOLSTOI por el foro, pasado algún tiempo

TOLSTOI. Señora...

CATALINA. ¡Señor!... ¿Por qué se ha molestado? Yo hubiera ido a verle mañana.

TOLSTOI. No hubiera podido pegar los ojos esta noche. Me desvelan todos los requerimientos que me hace la desgracia ajena.

CATALINA. Bien venido sea a esta humilde casa. Tome asiento.

TOLSTOI. *(Se fija en el cuadro y se para a contemplarlo.)* Permítame que contemple este cuadro.

CATALINA. Con mucho gusto.

TOLSTOI. He aquí otro requerimiento de dolor. Esa imagen evoca mis recuerdos de amargura... Su frente se yergue con majestad, circundada por un nimbo de gloria. La Libertad Caída... Sobra el título... Cae, pero parece que se levanta... En ese lienzo palpita un corazón herido... ¡Lástima que no tenga mayores dimensiones.

CATALINA. Aun no está terminado.

TOLSTOI. Mas ya interesa como si lo estuviera. Tiene ese imán que atrae a las miradas... Más que un cuadro, es el símbolo de la injusticia de los hombres... el emblema de una nación que gime bajo la mano opresora del tirano. Ese cuadro me arranca esta exclamación: ¡Pobre pueblo ruso!

CATALINA. ¿Le encuentra usted algún mérito?

TOLSTOI. ¿Quién lo ha pintado?

CATALINA. Julia. Una de mis hijas.

TOLSTOI. ¡Me asombra! Nadie diría que está hecho por mano de mujer... Cerremos este paréntesis. Vamos a nuestro objeto. *(Sentándose ambos.)* La escucho con profunda atención.

CATALINA. Mi esposo Ovaldo... *(Deteniéndose por la emoción que la acomete.)*

TOLSTOI. Comprendo esa emoción... Ríndala culto, señora.

CATALINA. Mi esposo Ovaldo me encargó, horas antes de ser fusilado, que procurase editar su libro «Filosofía del Bien», deseando obtuviese la mayor publicidad. He querido dar cumplimiento a su mandato, y no encuentro editor...

TOLSTOI. Lo comprendo... La tiranía acobarda a los espíritus.

CATALINA. Así es.

TOLSTOI. ¿Tiene usted el original?

CATALINA. *(Tomando el libro que antes dejara sobre la mesa.)* Aquí está el libro.

TOLSTOI. *(Leyendo.)* «Lo mismo en la alegría que en el dolor, la vida es siempre un bien.» Basta con esta sola frase... Yo me encargo, señora, de que el libro se edite en condiciones económicas muy favorables para usted.

CATALINA. ¡Gracias! ¡Gracias!

TOLSTOI. No las merezco. Yo soy quien debe mostrarse agradecido a la ocasión que me favorece. Hacer un bien es una dicha... Me llevo el libro... *(Levantándose.)* Me levanto, no para dar por terminada esta entrevista, sino para contemplar de nuevo el cuadro y suplicarla que me presente a sus hijas.

CATALINA. Con mucho gusto. *(Acercándose a la puerta izquierda y llamando.)* ¡Julia!

ESCENA IX

Dichos y JULIA por la izquierda

JULIA. Señor... Bendita sea la generosa intención que le ha traído a esta casa.

TOLSTOI. Siente usted la Libertad con alma varonil. Hay toques en este cuadro tan enérgicos, que parecen hechos con la punta, bañada en sangre, de una espada. Piedad, hija mía... Piedad, hasta para los verdugos...

JULIA. ¡Señor! Profundiza usted los más ocultos arcanos del alma... Cierto es que no he sentido

piedad al pintar ese cuadro; me ha movido sólo la indignación y el dolor de que estoy poseída por la muerte de mi padre.

TOLSTOI. Lo comprendo, hija mía, lo comprendo, y la felicito por obra tan inspirada.

CATALINA. *(Acercándose al foro y llamando.)* ¡Beatriz! ¡Beatriz!

ESCENA X

Dichos y BEATRIZ por el foro

BEATRIZ. Aquí estoy, madre.

CATALINA. Mi hija mayor.

TOLSTOI. Joven, bella y discretísima. ¿Es la que esperaba mi venida?

BEATRIZ. Sí, señor.

TOLSTOI. ¿También es artista?

BEATRIZ. Aficionada a bordados y flores.

TOLSTOI. ¿No eran tres sus hijas?

CATALINA. La otra, Emma, la más pequeña, no se halla en su juicio. Ha perdido la luz del entendimiento.

TOLSTOI. ¿Cómo así?

CATALINA. No quisiera hacer tan desagradable su visita con relatos dolorosos.

TOLSTOI. No... No... Por el contrario; deseo conocer la causa de esa desventura... Refiérala. Se lo suplico.

CATALINA. Emma no pudo soportar el dolor que le produjo la despedida de su padre... «Emma, le dijo, acuérdate de mí cuando hagas gemir a tu piano en alguna de las sonatas de Beethoven...» Llegamos a esta casa transidas de dolor. Emma se sentó al piano; puso una de aquellas sonatas en el atril, pero en posición invertida... Golpeó el teclado con toda violencia... Este fué el signo de su locura... Desde entonces ya no ha cesado en su fatal manía.

TOLSTOI. ¿La ha visto algún médico?

CATALINA. El médico dice que sólo una impresión muy fuerte puede salvarla.

TOLSTOI. ¿Podría verla?

CATALINA. Vé por tu hermana, Beatriz.

BEATRIZ. Al punto. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA XI

Los mismos menos BEATRIZ

TOLSTOI. Respírase en esta casa un ambiente de dolor; pero de dolor sencillo. Este es el ambiente cristiano... He venido para hacer un bien, y me siento dichoso por la sencillez que contemplo en esta pena.

CATALINA. Aun quisiéramos que le fuese menos molesta esta entrevista.

JULIA. Aquí viene Emma.

TOLSTOI. ¡Pobre niña!...

ESCENA XII

Dichos y EMMA, seguida de BEATRIZ

(Emma se sienta al piano. Mira las hojas de la partitura como si pretendiese tocar un pasaje determinado y golpea las teclas, produciéndose, como anteriormente, los acordes más desafinados. Cesa en aquella acción y contempla la partitura.)

TOLSTOI. ¡Abismos del alma! ¿Por qué toca con la partitura invertida?

CATALINA. Porque una vez le ordenó su padre que así lo hiciera, para demostrar su lección de que, entre el bien y el mal, entre la discordancia

y la armonía, sólo media una inversión, un giro.

TOLSTOI. Tal es la verdad... La locura de Emma es también un ejemplo doloroso... ¿Qué hace falta para que recobre el entendimiento? Que se realice un giro en su espíritu. *(Acercándose a Emma.)* ¡Pobre ángel! Ya sé que mis palabras no han de tener eco en tu alma. Esta partitura tiene que invertirse.

EMMA. *(Impidiendo que Tolstoi lleve a cabo su acción.)* No... No...

TOLSTOI. Mírame...

EMMA. ¡Beethoven!

TOLSTOI. No, no soy Beethoven... Soy León Tolstoi.

EMMA. ¡Tolstoi! ¡Tolstoi!...

TOLSTOI. ¿Halla mi nombre algún eco en tu alma?

EMMA. No, no. ¡Beethoven! ¡Beethoven!

TOLSTOI. *(Volviendo a reunirse con Catalina.)* Esta es una de las más grandes emociones que he recibido en mi vida. Voy a dejar esta casa con lágrimas en el corazón. Necesita usted toda la fortaleza de la virtud verdaderamente cristiana para sobreponerse a esta gran desdicha. Recuerde las palabras que voy a dirigirla como ofrenda de despedida. La Rusia gime sin poder sacudir su yugo. Los ríos que fertilizan las campiñas se han convertido en ríos de sangre. Esta es una de las más violentas represiones que registra la Historia; pero la maldad de los hombres aun pudiera llegar a mayores excesos... Para este caso recuerde usted, señora, que en todas las Rusias sólo hay un asilo, un lugar inviolable donde no se atreven a poner su planta los verdugos... La casa de León Tolstoi... No lo olvide usted, señora.

CATALINA. ¡Gracias, señor!

BEATRIZ. ¡Gracias!

JULIA. ¡Gracias!

(Las tres señoras besan la mano de Tolstoi al estrechársela. Vase Tolstoi por el foro.)

ESCENA XIII

Los mismos, menos TOLSTOI

BEATRIZ. ¿Te ha prometido?...

CATALINA. Sí, que se editará el libro.

JULIA. ¿Cuándo?

CATALINA. Muy pronto. Ya se ha llevado el original.

BEATRIZ. ¿Se ofreció gustoso?

CATALINA. Abrió el libro, leyó en una de sus páginas y él mismo se brindó espontáneamente.

BEATRIZ. ¡Bendito sea!

JULIA. ¡Madre! ¡Qué talento el suyo! Mirando al cuadro, ha mirado al fondo de mi alma.

BEATRIZ. ¿Habéis oído las palabras que ha pronunciado al marcharse?

JULIA. Ha dicho la verdad. Sólo hay en Rusia una casa inviolable. Esa es la de León Tolstoi.

CATALINA. Venid aquí, hijas mías... Este es el primer rayo de esperanza que ha penetrado en este hogar desde aquella noche terrible. *(Se sienta.)*

JULIA. ¡Madre! *(Tomando asiento al lado de su madre.)*

BEATRIZ. ¡Madre! *(Imitando a su hermana.)*

JULIA. ¿Y Emma?

CATALINA. Emma ya tiene otra madre. La locura. No la saquemos de sus incomprensibles abstracciones... Hijas mías... Recordemos a vuestro padre. No es menester que salgan a los labios nuestras oraciones... Recojamos el espíritu y roguémosle a Dios, que le haya recibido en su seno.

BEATRIZ. Eso vamos a pedirle sin palabras.

JULIA. Sí, madre. *(Julia y Beatriz reclinan su cabeza sobre el regazo de su madre, formando así las tres un grupo amoroso. Gran pausa, al fin de la cual suenan dos fuertes golpes dentro, como dados a la puerta de la casa.)*

CATALINA. *(Alarmada.)* ¿Habéis oído?

BEATRIZ. Sí.

JULIA. Llaman.

CATALINA. ¿Quién será, tan cerca de la noche?

JULIA. Voy a verlo.
CATALINA. Mira antes por el ventanillo.
JULIA. Así lo haré. *(Vuelven a sonar los golpes.)*
BEATRIZ. ¡Traen prisa.

ESCENA XIV

CATALINA, BEATRIZ y EMMA

CATALINA. Me extraña mucho que a estas horas vengan a visitarnos. No me acordé de recomendar a Julia que no abra si ve que es algún desconocido.
BEATRIZ. Esperemos.
JULIA. *(Dentro.)* Roberto, hermano mío.
BEATRIZ. ¡Es Roberto!... ¡Es Roberto!...
CATALINA. ¡Divino Dios!

ESCENA XV

Dichas y ROBERTO y BEATRIZ por el foro, seguidas de KUROK.

ROBERTO *(Echándose en brazos de su madre.)* ¡Madre de mi vida!
CATALINA. ¡Hijo mío! *(Abrazándole.)*
BEATRIZ. ¡Roberto!
ROBERTO. ¡Beatriz! ¿Y Emma? ¿Por qué no viene? No hay tiempo que perder. ¡Emma! Hermana mía... Ven también a mis brazos... ¿No me oyes? ¿Qué es eso? ¿Qué hace allí sentada?
CATALINA. Emma no te oye.
ROBERTO. ¿Por qué? ¡Madre! ¿Qué desventura me presagia tu rostro dolorido?
CATALINA. Porque ha perdido la razón.
ROBERTO. ¿Qué escucho? *(Aproximándose a Emma.)* ¡Emma! ¡Emma! Soy yo; tu hermano Roberto...
EMMA. ¡Roberto!... ¡Roberto!...
ROBERTO. Sí, sí. Recuérdame. Fija tus ojos en los míos...
EMMA. ¡Roberto!... ¡Roberto!...

ROBERTO. Abreme tu espíritu.

EMMA. No, no. ¡Beethoven! ¡Beethoven!

ROBERTO. ¡Horror! Es verdad que ha enloquecido.

CATALINA. Ha enloquecido de pena.

ROBERTO. Y yo también necesito un gran esfuerzo para no enloquecer... Mi padre, Guillermo, y ahora Emma... ¡Oh! ¡Qué desesperación! *(Dejándose caer en una silla como rendido por el dolor.)*

KUROK. *(Acercándose a Roberto.)* Roberto; no hemos venido a esta casa para llorar como débiles mujeres... Piensa en la gravedad del caso y en que la noche se nos echa encima.

ROBERTO. Madre, acércate. Este hombre, Kurok, mi compañero y amigo, me ha salvado la vida por dos veces.

CATALINA. *(Alargándole la mano.)* Mi eterna gratitud.

KUROK. Bien; pero, al grano, al grano.

ROBERTO. El general Gurben, ese miserable liberticida, ha tenido noticia de los propósitos que me trajeron a San Petersburgo desde Berlín. Ya sabe que hay un Roberto Padewski, ingeniero mecánico, que quiso derribar al Emperador...

CATALINA. ¿Y bien?...

ROBERTO. Nosotros tenemos leales confidentes que han venido a darnos aviso de este nuevo peligro. Ya se han dado las órdenes para que venga la policía a esta casa apenas sea entrada la noche.

CATALINA. ¿Con qué objeto?

ROBERTO. ¡Ay, madre! ¿No lo adivinas?

CATALINA. ¿Para prendernos?

ROBERTO. Sí.

CATALINA. Que vengan.

ROBERTO. ¿Sabes lo que dices?... Para descubrir la verdad os someterían a los tormentos más horribles.

KUROK. Que se hace tarde, Roberto.

CATALINA. ¿Crees tú que?...

ROBERTO. Sí, madre... Ese verdugo es capaz de todo.

CATALINA. ¿Y has venido para?...

ROBERTO. Para poneros a salvo y libraros de sus garras.

CATALINA. ¿Podréis ocultarnos?

KUROK. Pronto. Pronto.

ROBERTO. Un momento, Kurok. Todo está ya preparado. En las afueras de San Petersburgo, nuestra gente se halla dispuesta. Tomad todos los objetos de valor que tengáis en la casa. Envolveos con los abrigos y a la calle; a la calle.

CATALINA. ¡Beatriz! ¡Julia! Seguidme...

ROBERTO. Aprisa, madre, aprisa.

KUROK. El peligro es inminente, señora.

(Vanse Catalina, Beatriz u Julia por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XVI

EMMA, ROBERTO, KUROK

ROBERTO. Legítima es tu impaciencia, Kurok, pero no es posible hacer las cosas con mayor premura.

KUROK. Es la primera vez que un hombre me pide calma. Si fuera yo solo, esperaría a que llegase la policía por gusto de tener con ella un buen encontrón... pero me da lástima tu madre... Me mueven a piedad tus hermanas y esa infeliz demente me parte el corazón... Ahí tienes el motivo de la impaciencia que me acosa.

ROBERTO. Han ido a tomar todos los objetos de valor de que disponen y a envolverse con unos abrigos.

KUROK. *(Consultando su reloj.)* Aun hay tiempo, pero no mucho...

ROBERTO. La policía no vendrá hasta bien entrada la noche.

KUROK. No hay que confiar demasiado en esos perros lebreles. Desde el momento en que les dan a olfatear la caza ya no hay quien les detenga. Les conozco mucho; bien es verdad que también ellos me conocen. Me llaman el oso siberiano. Dales un grito. No vayan a tardar demasiado.

ROBERTO. *(Acercándose a la segunda puerta izquierda.)* ¡Madre! ¡Madre!

CATALINA. *(Dentro.)* Allá vamos, Roberto. Allá vamos.

ROBERTO. No pierdas tiempo.

KUROK. ¡Pobre señora! En buen aprieto la estamos poniendo.

ROBERTO. Esa es mi pena, Kurok, esa es mi pena.

ESCENA XVII

Dichos y CATALINA, BEATRIZ y JULIA por la izquierda. Catalina trae un abrigo con el cual envuelve a Emma.

CATALINA. ¡Emma! Amor de mi alma. Deja que te envuelva con este abrigo. Vamos a ver a tu padre...

EMMA. ¡Quieren matarle!... ¡Padre! ¡Padre!

CATALINA. Vamos, Roberto.

ROBERTO. Vamos, Kurok.

KUROK. Abre tú el paso. Yo os guardaré las espaldas. En marcha. *(Hacen mutis por el foro, pero Julia dice:)*

JULIA. ¡Mi cuadro! ¡Kurok! ¡Mi cuadro!

CATALINA. *(Cortando su acción.)* No te detengas, Julia.

ROBERTO. *(Dentro.)* ¡Seguidme!... Dejaos de cuadros. ¡Seguidme!

(Vanse por el foro.)

ESCENA FINAL

KUROK

KUROK. ¿Su cuadro, dice? ¿Será éste? «La Libertad Caída»... Me lo llevo. Caída o no caída, la Libertad se viene con nosotros...

(Vase por el foro, llevándose el cuadro.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

El recinto de una prisión. Unica puerta a la derecha

ESCENA PRIMERA

Aparece GUILLERMO. Se pasea de uno a otro extremo del recinto

GUIL. Nunca el hombre tiene el valor necesario para afrontar las situaciones críticas de la vida. ¿Puedo hacerme en conciencia esta acusación?... Pasemos revista a los hechos. Guiados por el ansia de libertar a nuestro padre, asaltamos la cárcel donde se hallaba prisionero. Ya le habían fusilado. Con dinamita y llamas destruímos la maldita cárcel... Súbitamente nos vimos envueltos por una legión de cosacos. Resistimos la acometida valerosamente... Pocos fueron los que pudieron salvarse. Aun veo la imagen de Kurok abriéndose paso a derecho y siniestro con su cuchillo y su revólver. Yo caí herido... Perdí el conocimiento; mas luego al volver de mi desmayo pude haberme dado la muerte y no me hubieran hecho prisionero. Esto cumplía a mi deber, pero no tuve esa entereza de hombre... Me

hubiera evitado estas zozobras del espíritu dando fin a mi existencia con una muerte honrosa. Ahora seré fusilado y esto es lo que he perdido... Lo siento, no por mí, yo no temo a la muerte sino por mi madre... ¡Madre de mi vida! ¡Qué dolores tan grandes pasas por tus hijos!... ¡Hasta que los fusiles hagan pedazos mi cuerpo, qué angustioso ha de ser tu calvario... Oigo ruido. Alguien se aproxima... ¿Será ese miserable esbirro del déspota Gurben?

ESCENA II

Dicho, y OFICIAL de policía, esbirro del general Gurben, con dos individuos del mismo Cuerpo y el TENIENTE con seis granaderos.

GUIL. ¡Hola! ¿De nuevo por aquí? Nada bueno me augura su venida... Trae usted mucha satisfacción en el semblante.

OFIC. Capitán Guillermo...

GUIL. Capitán fuí de granaderos; mas ya no lo soy; no por afrenta ninguna, sino por haberle devuelto mi espada al Emperador.

OFIC. A lo que importa. ¿Persiste usted en negar que su hermano Roberto vino desde Berlín a San Petersburgo con objeto de realizar su proyecto abominable?

GUIL. Repito lo que ya le tengo dicho. Nada sé.

OFIC. ¿Se empeña en ocultarnos su paradero?

GUIL. Dígale usted a su amo, al general Gurben, que esa pregunta no se le hace a un hombre de honrados sentimientos como yo. Supongamos que me fuese conocido el paradero de mi hermano... Tampoco lo diría.

OFIC. Eso ya lo veremos.

GUIL. Ya lo veremos.

OFIC. Hombres de más tesón que usted se han domado en el potro.

GUIL. ¡Bah!

OFIC. Cuando los huesos se descoyuntan, decae el espíritu y se doma el orgullo.

GUIL. Háganme pedazos. No importa. No añadiré ni una palabra a lo dicho.

OFIC. ¡Raza fiera de los Padewski!... Vamos a ver si yo logro domar esa soberbia. Atienda usted.

GUIL. Escucho.

OFIC. La policía ha hecho una buena presa... Tenemos en nuestro poder a su hermana Beatriz.

GUIL. ¡A Beatriz! ¡Mi hermana!

OFIC. Palidece usted. Ya lo comprendo...

GUIL. ¿Pero esa maldad?

OFIC. Acabe de oír... Cuando la policía fué a casa de usted para prender a su madre, ya se había ésta fugado con sus hijas...

GUIL. ¿Se había fugado?

OFIC. No se regocije todavía... La policía siguió sus pasos...

GUIL. ¿Cuándo ha sido?

OFIC. Esta misma noche... Defendían a su madre y sus tres hermanas, dos hombres; dos malditos revolucionarios... Nuestra gente reconoció en ellos a Kurok, al oso siberiano, quien por visto se halla al servicio de los Padewski.

GUIL. No haga digresiones... Se lo suplico.

OFIC. ¡Ah! ¿Ya suplica usted?

GUIL. Sáqueme de estas ansias... ¿Qué le ha ocurrido a mi madre?

OFIC. ¡Calma! ¡Calma!

GUIL. Es usted un malvado.

OFIC. Aunque ya la obscuridad se había esparcido por los alrededores de San Petersburgo, mis gentes consiguieron salir en persecución de los fugitivos.

GUIL. ¡Mi madre! ¡Mi madre!

OFIC. No sea impaciente.

GUIL. Hable usted.

OFIC. Nos mataron cuatro hombres. El encuentro ha sido muy rudo. Lograron escapar...

GUIL. ¡Ah!

OFIC No... No. Repito que no se regocije. Sigue aún la batida y no transcurrirá la noche sin que todos caigan en nuestro poder; mas por lo pronto ya tenemos a su hermana...

GUIL. ¡Infeliz! ¿Dónde está?

OFIC. Muy cerca... Va usted a verla. *(Vase a la puerta de la cárcel, y dice en alta voz:)* Adelante, Patoski... Adelante con la prisionera.

ESCENA III

Dichos, y BEATRIZ con las manos atadas a la espalda, custodiada por dos individuos de la policía.

GUIL. *(Extendiendo hacia ella los brazos.)* ¡Beatriz! ¡Hermana mía!

BEATRIZ. ¡Estoy presa, Guillermo!

OFIC. Ya ve usted que he dicho la verdad.

GUIL. ¿Le place la caída de mi altivez? ¿Quiere que le bese la mano en señal de humildad y acatamiento?... Ponga en libertad a mi hermana.

OFIC. Bien se rinde a mis pies tanta fiereza. Yo no ejerzo mi oficio para eso... Díganme dónde se oculta Roberto y me basta. Usted o ella, Cualquiera de los dos. Me es igual...

GUIL. Nada sé. Lo juro por mi honor de caballero.

OFIC. Su hermana debe saberlo. Que lo diga, si quiere recobrar la libertad.

BEATRIZ. Nada sé tampoco... Aflójenme las ligaduras, que me están mordiendo en la carne.

GUIL. Aflojen sus ligaduras...

OFIC. Esto no es nada... Y si se empeña en callar...

GUIL. Quebranten mis huesos... Sáquenme la sangre de las venas gota a gota... Despedacen mis miembros... pero suelten a esa desdichada... ¡Beatriz, hermana de mi vida... Mira las lágrimas que corren por mis ojos... Las derramo por tí!

BEATRIZ. Guillermo, hermano mío... No te acongojes tanto... Le pediré a Dios que me dé fortaleza.

OFIC. ¿De modo que insisten en guardar silencio?

GUIL. ¡Piedad para ella!

OFIC. ¿Dónde está Roberto?

BEATRIZ. ¡Piedad para mi hermano!

OFIC. Este no es caso de piedad. Es caso de inquisitoria. Roberto... Roberto. *(Pausa.)* Está bien... Ya sé que es usted tenaz y firme como las rocas. Hasta creo que se dejará hacer pedazos antes que decirnos la verdad; mas ya veremos si su hermana tiene la misma fortaleza. Conducidla a su calabozo.

BEATRIZ. ¡Adiós, Guillermo!

GUIL. ¿Y esto lo consiente Dios?

(Vase Beatriz, seguida de los policías que la custodian.)

ESCENA IV

Los mismos, menos BEATRIZ

OFIC. Le doy a usted un plazo de veinticuatro horas para decidirse.

GUIL. ¿Será usted capaz de torturar a mi hermana?

OFIC. ¡Y tanto!

GUIL. ¿No se compadece del sér débil? ¡De la infeliz mujer!

OFIC. ¡Bah!

GUIL. ¡Miserable!

OFIC. Ya asoma otra vez la fiera.

GUIL. Sí. Ya se enciende otra vez mi sangre. Bien se conoce que es usted un esclavo del déspota.

OFIC. Desprecio el insulto.

GUIL. Se pone pálido porque la llama de la vergüenza no puede asomar nunca a la faz de los verdugos... Es veneno y no sangre lo que circula por sus venas. Los hombres de honor a un lado. Los miserables a otro... ¡Ay de

usted si lleva a cabo la acción que proyecta de martirizar a mi pobre hermana!... La justicia del pueblo ruso tiene rayos ocultos... Puñales que se alzan en la sombra y el misterio...

OFIC. Será preciso ponerle una mordaza.

GUIL. ¿Un esbirro se atrevería a poner la mano infamante sobre un capitán que se cubrió de gloria combatiendo en el Ejército ruso?... ¡Retírese el vil polizonte de mi presencia!... ¡Mengua y desprecio para el esbirro! ¡Gloria y honor para el soldado!

OFIC. *(Estallando en cólera.)* ¡Esto es insufrible! ¡Patoski y Naquit, ponedle una mordaza!

(Patoski y Naquit, sacando una mordaza, se aproximan a Guillermo. En este punto, el Teniente de Granaderos, que contempla la escena al frente de seis soldados, espada en mano, dice fría y rígidamente, sin hacer ningún ademán ni moverse un ápice del sitio que ocupa:)

TEN. No tocar al capitán.

(Al oir esto, retroceden Patoski y Naquit.)

OFIC. ¿Cómo? ¿Qué escucho? ¿Qué ha dicho usetd?

TEN. *(Secamente.)* No tocar al capitán.

OFIC. Este es un acto de indisciplina... Yo tengo la representación del general Gurben. Queda usted arrestado. Entrégueme al punto la espada.

GRANAD. *(Con acento seco y sin moverse un ápice de su sitio.)* No tocar al teniente.

OFIC. ¿Qué es esto?... Vamos. Vamos a dar parte de lo que ocurre... Serán ustedes fusilados. *(Vase el oficial con los suyos.)*

ESCENA V.

Los mismos, menos oficial de policía y sus acompañantes

GUIL. ¿Qué ha hecho usted? ¡Se ha perdido!

TEN. No importa. Todo el regimiento de Granaderos piensa como nosotros. Al cuartel, soldados. Desde allí iremos a tambor batiente

al Palacio Imperial. Pediremos al Emperador la libertad del capitán Guillermo.

GUIL. ¡Serán considerados como sediciosos!

OFIC. Estamos decididos.

GUIL. ¡Serán fusilados!

OFIC. No importa. ¡Al cuartel!

TODOS. ¡Al cuartel!

(Vanse.)

ESCENA VI

GUILLERMO

GUIL. ¡Más sangre! ¡Más víctimas! ¡No quiero acariciarte, esperanza! ¡Vienes ennegrecida por el humo de la pólvora! ¡Vienes acompañada por los ayes de dolor que amenaza arrancar el tormento a mi infeliz hermana. ¡En qué abismo tan profundo ha caído la aspiración de libertad del pueblo ruso! ¡No se oyen por doquiera más que gritos de dolor! ¡La crueldad se ha erigido en la suprema razón del Imperio! ¡Justicia: Eres una sombra! ¡Humanidad: Eres un fantasma! *(Déjase caer en una silla, con muestras de la mayor desesperación.)*

(Mutación.)

CUADRO III

Telón corto de bosque en la obscuridad de la noche

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha CATALINA, JULIA Y KUROK

KUROK. Aquí. Tomen aliento aquí.

CATALINA. ¡Kurok! ¿Y Roberto? ¿Y mis hijas?

KUROK. Deben hallarse juntos, por ahí, extraviados.

JULIA. Sí, madre. No te amilanes.

KUROK. Ya hemos puesto muchas sombras entre nosotros y nuestros perseguidores. La noche es obscura como boca de lobo.

CATALINA. ¡Qué horrible combate! ¡Qué imprecaciones de rabia! ¡Qué gritos de dolor! ¡Dios mío! cómo se matan los hombres!

KUROK. Pudimos escapar. ¡Lo malo es que la policía nos dividió en dos mitades!

CATALINA. ¡Y Beatriz corriendo de aquí para allá como una loca!...

JULIA. Fué aquel un instante supremo.

KUROK. ¡Recobren ánimo! Esto no es nada...

CATALINA. ¿Cómo puede usted conservar esa sangre fría?

KUROK. La costumbre es una segunda naturaleza. Lo que siento es haber perdido el cuadro de Julia en la refriega.

JULIA. ¡Qué importa eso!

CATALINA. Nada importa, Kurok.

KUROK. ¿Haberle arrebatado esos polizontes a Kurok el cuadro de la Libertad?... ¡Mal rayo les parta!

CATALINA. ¡Silencio! ¿No habéis oído?

KUROK. ¿Hacia qué lado?

CATALINA. *(Señalando a la izquierda.)* Allí... Allí... Una voz... Llamando.

KUROK. A ver.

CATALINA. No nos abandone usted...

KUROK. Nada tema... Silencio... Oigamos.

CIUD. I. *(Dentro, a lo lejos.)* ¡Kurok!

KUROK. ¡Nos hemos salvado! Esa es nuestra gente.

CATALINA. ¡Loado sea Dios! Pero, ¡y mis hijos! ¡Y mis hijos!

KUROK. *(Acercándose a la izquierda y poniéndose las manos en forma de bocina.)* ¡Aquí, Rokusk!...

(Pausa muy prolongada.)

CIUD. I. *(Dentro.)* ¿Por dónde, Kurok?

KUROK. Aquí estoy. Adelante.

ESCENA II

Dichos, y CIUDADANOS I y II, seguidos de otros varios, por la izquierda. Todos vienen armados.

CIUD. I. Por fin os hallamos.

KUROK. Nos encontráis vivos por milagro.

CIUD. II. Hemos oído los tiros. ¿Pero no quedamos en que nos reuniríamos al norte de la ciudad?

KUROK. Sí, solo que, al vernos perseguidos, tuvimos que cambiar de rumbo. Nos hemos extraviado. Buen encontrón tuvimos con la policía.

CIUD. I. ¿Y Roberto? ¿Y las señoras?

KUROK. Roberto tiró por un lado con dos de sus hermanas, y yo por otro con la madre y una de las hijas... Acercaos... *(Kurok se acerca, seguido de los demás ciudadanos, al grupo que forman, en el extremo opuesto, Catalina y Julia.)* Señora... Yo no tengo frases para estos casos. Soy más tosco que piedra berroqueña. Pero, en fin, allá va el discurso... Estos son los ciudadanos que esperábamos. Los hijos valerosos de la Libertad. Compañeros, os presento a la viuda del Maestro, fusilado bárbaramente por la tiranía.

CATALINA. Sí. Yo soy la viuda de Ovaldo Padewski.

JULIA. Yo soy Julia, su hija.

CIUD. I. *(Descubriéndose; acción que imitan todos.)* Salud, señoras.

TODOS. Salud.

CATALINA. Gracias, compañeros. Vuestra presencia ha reanimado mi espíritu.

JULIA. ¡Vivan los hijos de la Libertad!

CATALINA. ¡Julia!

KUROK. Déjela, señora... ¡Que se entusiasme cuanto quiera!... En estas circunstancias conviene que arda la sangre.

CIUD. I. Bueno es que haya fuego por dentro, porque el cielo está de nieve. Ya empiezan a caer algunos copos.

CIUD. II. ¿Y qué hacemos? ¿Qué plan es el tuyo?

KUROK. Deshacer lo andado... Hay que dar cara al enemigo ahora que ya podemos hacerlo con ventaja.

CATALINA. ¿Nuevos combates?

KUROK. No hay otro remedio... Es preciso hacer una batida. Puede que así encontremos a Roberto y sus hermanas...

CATALINA. ¡Ah! Kurok. Venga esa mano.

JULIA. Si hay combate, quiero tomar parte en la lucha.

CIUD. I. ¿Usted, señorita?

CATALINA. ¿Estás en tu juicio?

JULIA. Lo estoy, madre... Basta ya de ruines flaquezas... El dolor nos asedia.. Pues cara al dolor.

CIUD. II. Tiene razón.

KUROK. ¿Qué tal, compañeros? Es de la madera de Roberto. ¡Viva Julia Padewski!

TODOS. ¡Viva!

CIUD. II. *(Señalando a la derecha.)* ¡Mirad! ¡Mirad! La policía con hachas de viento.

CIUD. I. Salgámosla al encuentro.

JULIA. Yo a la cabeza. Venga un revólver.

CATALINA. Hija mía...

JULIA. ¡Madre! A la lid...

KUROK. Toma... Usted conmigo, señora..

CATALINA. ¡Bueno! Ya se ha enardecido también mi sangre... ¡A la lid!...

CIUD. I. ¡Bravo!

TODOS. ¡Bravo!

KUROK. Un instante, ciudadanos. Esos polizontes no cuentan con el refuerzo que hemos recibido. ¡Rayos y truenos! Haberle arrebatado a Kurok el cuadro de la Libertad. Cargad sobre ellos hasta que no quede ninguno.

CIUD. I. Hacia aquí se dirigen.

JULIA. Ya se han puesto a tiro... ¡Fuego por la Libertad!

KUROK. ¡Fuego por la Libertad!... ¡A ellos!

TODOS. ¡Hurra! *(Haciendo fuego y desapareciendo por la derecha.)*

(Mutación.)

CUADRO IV

Decoración nevada de bosque. A todo foro un montículo practicable de derecha a izquierda. En el centro de la escena una cruz de piedra con base circular de escalones. Estos también practicables. Es de noche y está nevando. La blancura de la nieve se destaca en la obscuridad.

ESCENA PRIMERA

Aparece por la derecha ROBERTO, llevando en brazos a EMMA

ROBERTO. ¡Qué obscuridad!... Me he desorientado por completo... La nieve nos va envolviendo por doquiera... ¡Oh, noche; noche espantosa!... ¿Dónde me dirijo con mi carga?... La fatiga me rinde. Estoy agobiado... ¿Quién se alza entre las sombras? ¡Una cruz! Aquí podremos descansar... Emma, hermana mía... Reclínate en este asiento de piedra... ¿Nada me dices?... ¡Emma! ¡Emma! Háblame.

EMMA. ¡Tengo frío, mucho frío!...

ROBERTO. Ciñe bien el abrigo a tu cuerpo.

EMMA. ¡Aquellos hombres! ¡Aquellos hombres!

ROBERTO. Te dió espanto la lucha. ¿No es verdad?

EMMA. Sí. Sí.

ROBERTO. Eso te ha salvado... Tu espíritu cegado por las sombras, necesitaba una fuerte sacudida... Los tiros, las imprecaciones, los ayes... todo aquello junto, operó la salvadora crisis en tu alma...

EMMA. ¿Y mi madre, Roberto? ¿Y mi madre?

ROBERTO. La verás a la luz del nuevo día. Calma tus ansias... Recupera la tranquilidad del espíritu.

EMMA. ¿Y aquellos hombres?... ¡Aquellos hombres!... Mírales... *(Señalando, espantada, hacia la derecha.)*

ROBERTO. No, Emma... No. No vienen... Ya hemos salido de todo peligro... Acaba de desvanecer los

fantasmas que aún giran en tu cerebro. ¿A quién miras espantada?

EMMA. ¡Quieren matar a mi padre!

ROBERTO. ¡Oh, Dios! Ya vuelve a extraviarse tu juicio. Poco ha durado la ráfaga de luz... ¡Emma! Hermana de mi vida. Fíjate sólo en mí... En Roberto... En tu hermano...

EMMA. Roberto no... ¡Beethoven! ¡Beethoven!

ROBERTO. ¿Vuelves a tu fatal manía?

EMMA. ¡Quieren matar a mi padre! ¡Quieren matar a mi padre!...

ROBERTO. Caigan esos pesados sueños de tu frente... No mates la esperanza que tus palabras me habían hecho concebir... Estamos fuera de todo peligro... Soy yo, Emma... ¿No me reconoces? Fíjate bien.

EMMA. ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO. Sigue por esa senda... Por ahí, hermana mía.

EMMA. No quiere acabar de desvanecerse esta pesadilla.

ROBERTO. Haz un esfuerzo... Piensa que me tienes a tu lado.

EMMA. ¿Qué es esto, Roberto? ¡Ay de mí! Qué resplandor brota de mi alma por dentro. ¿Y por fuera? Qué obscuridad... ¿Dónde estamos?

ROBERTO. Aquí... al pie de una cruz. La noche nos ha sorprendido y la nieve nos ha envuelto; mas pronto la claridad del día ahuyentará estas sombras... ¡Animo, mi querida Emma!

EMMA. Sí. Sí. Tu eres Roberto... ¡Hermano mío! mío!

ROBERTO. ¡Ah! Por fin...

EMMA. ¡Tengo miedo!... No me dejes. No me abandones.

ROBERTO. ¿Qué dices? ¿Abandonarte yo?...

EMMA. ¡Qué bueno eres!... ¡Qué bueno eres!... ¡Ay de mí!

ROBERTO. ¿Quién te arranca ese ¡ay! dolorido?

EMMA. Me siento desfallecida... ¡Me muero, Roberto! ¡Me muero!

ROBERTO. ¡No, vida mía! Vive para nuestra santa madre... Vive para el amor de tus hermanos.

Siento que se apaga la luz de mi vida... ¡Roberto! ¡Roberto!
Fría está como el mármol! ¡Cómo! ¡Adorada Emma!... ¿No me contestas? ¡Sangre ardiente, sal de mis venas para dar calor a su sangre!... ¡Emma! ¡Emma! Verdad es que se muere... ¡Y yo sin poder prestarla auxilio!... ¡Sin poder disponer de ningún licor fortificante!..... *(Levantándose.)* ¿No habrá por aquí cerca ninguna casa de labriego?... *(Gritando con toda su fuerza.)* ¡Ah del valle! ¡Socorro! ¡Socorro a un moribundo!... Nadie contesta... ¡Qué horrible silencio! ¡Qué espantosa soledad!... ¡Aquí! ¡Vengan aquí las almas caritativas!... Todo es inútil... *(Acercándose de nuevo a Emma.)* ¡Emma! ¡Emma!... ¡Poder divino!... ¡Ya está más fría que la nieve!... ¡Este es el soplo helado de la muerte!... El ángel ha extendido sus alas y ya no existe para la tierra... ¡Hermana! ¡Hermana! ¡Hermana! *(Se arrodilla al pie de la cruz, se abraza a su hermana y solloza. Levantándose.)* Esta herida es aún más dolorosa que la que me infirió la muerte de mi padre. ¡Sueños de libertad! ¿Por qué me castigáis de este modo? ¿Dónde voy con el corazón vertiendo sangre?... ¿Qué es la vida? ¡Un páramo cubierto de nieve! ¡Una cruz con el cadáver de un ángel al pie! ¡Emma! ¡No puedo sobrevivir a tu muerte!... Ya me es odiosa la existencia. ¡No veo más luz que mi revólver!... ¡Caiga mi cuerpo sin vida junto al tuyo!... ¡Voy a verte, padre! *(Detiene su acción suicida.)* ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Qué resplandor ha acudido a mi mente al recuerdo de mi padre? ¿Ese pálido fulgor de la luna está dentro o fuera de mis pensamientos? *(En este momento aparece el espectro de Ovaldo Padewski en lo alto del montículo que se halla en el foro. Cae sobre él un rayo de luz cárdena.)* ¡Ya salió fuera de mi cerebro la imagen! ¡Padre! ¡Generosa sombra!... Adorado espectro... ¿Por qué te has desprendido de mi al-

ma? ¿Qué quieres? ¡Manda! Hasta en mis sueños y delirios serás obedecido... ¡Padre! ¡Padre! Reconcentraré todo mi espíritu para oirte.

SOMRBA. En nombre de la Libertad... ¡Yo te bendigo!

ROBERTO. ¡Ah! *(Cae de rodillas al pie de la cruz. Sigue nevando. Baja el telón pausadamente.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

CUADRO V

Sala de estudio en la casa de Tolstoi. Estanterías con libros

ESCENA PRIMERA

Aparece TOLSTOI, sentado en su mesa escritorio

TOLSTOI. ¡Cuánto tarda el día en desasirse hoy de la pesada bruma del crepúsculo!... La noche ha cubierto con manto de nieve los valles y las montañas. ¡Ay del nocturno y extraviado caminante a quien haya sorprendido la nevada!... Día soñoliento y triste... ¿Será verdad, como dicen los filósofos, que en todo tiene que haber ley de oposición?... Al cielo diáfano y azul, el cielo obscuro y encapotado... A la alegría, la pena... Al placer, el dolor... A la luz, la sombra... Por doquiera que dirigimos el pensamiento nos encontramos con el problema del Bien y del Mal... La vida humana resulta toda ella un contrasentido... ¿Qué debe hacer el hombre en tal incertidumbre? Consagrársela a Dios, de quien la

ha recibido... Y, ¿cómo? No haciendo resistencia al Mal. Esta es mi doctrina... Alguien entra en mi casa... Veamos quién es... *(Vase por el foro.)* Adelante. Mi casa está abierta para todos.

ESCENA II

Dicho, y CATALINA, desfallecida, apoyándose en el hombro de KUROK. Este se descubre respetuosamente.

CATALINA. Heme aquí, señor.

TOLSTOI. ¿Usted, señora, en semejante estado? ¡Oh, repose en esta silla!

CATALINA. Gracias; porque estoy agobiada.

TOLSTOI. ¡No salgo de mi asombro!

CATALINA. Con fatigas en el cuerpo y dolores en el alma, vengo a reclamar su oferta.

TOLSTOI. ¿Dónde ha pasado la noche?

CATALINA. En el campo, corriendo mil azares y peligros.

TOLSTOI. ¿Y este hombre que la acompaña?

CATALINA. Ha sido mi salvador.

TOLSTOI. ¿Y su shijas?

CATALINA. Mi hogar se ha hecho pedazos... Vino a prendernos la policía... Huimos... ¡No puedo hablar!

TOLSTOI. Sosiéguese... No necesita decir más palabras. Haga otro esfuerzo. Venga conmigo. La llevaré a un gabinete de descanso y la pondré al cuidado de mi vieja Padoska.

CATALINA. Reponer mis quebrantadas fuerzas! Esto es lo que necesito. ¡Gracias, mil veces! Mi buen amigo... Mi leal Kurok. *(Tendiéndole la mano.)* En usted confío. Le recomiendo a mis hijos...

KUROK. Como si fuesen míos... Adiós, señora.

TOLSTOI. Espéreme aquí.

KUROK. Aquí espero.

(Vanse Catalina y Tolstoi por la izquierda.)

ESCENA III

KUROK

KUROK. Díjome la señora que en todo el Imperio sólo en esta casa reina la Libertad. Aquí no llegan los golpes de la tiranía. Grande debe ser este hombre. ¿Cómo habrá podido alcanzar semejante privilegio? Tiene semblante de ser muy bueno y bondadoso... Viste humildemente. Su doctrina es la de Jesús, por lo poco que me han contado y lo poco que he leído.. Su espada es la pluma. Su defensa el libro. No estoy conforme, sin embargo, con lo que predica... Si no combatiésemos al Mal, vaya un regocijo que les daríamos a los déspotas que tienen esclavizados a los pueblos... Nunca obtendrían éstos la libertad... El despotismo es un dragón que tiene mil cabezas. Hay que irlas aplastando una por una, y, si es posible, todas a la vez. A mí nadie me saca de este tema. Aquí viene.

ESCENA IV

Dicho y TOLSTOI con un vaso lleno de vino de Jerez

TOLSTOI. ¿Por qué ha permanecido de pie, amigo mío?

KUROK. Yo soy muy fuerte. Tengo una naturaleza que debe ser de hierro.

TOLSTOI. Tome usted. Fortifíquela para que se conserve. Vino de España... Jerez viejo.

KUROK. ¿Cómo, señor? ¿Es para mí?

TOLSTOI. Sí, hombre, sí... Beba sin miramiento alguno.

KUROK. Lo acepto por el vino, que debe ser bueno,

y por la mano que me lo brinda, que es mejor todavía.

TOLSTOI. Muy bien, Kurok.

KUROK. *(Después de haber bebido.)* ¡Rico brebaje, señor; rico brebaje!...

TOLSTOI. Ahora siéntese aquí, a mi lado. Deje el vaso sobre la mesa.

KUROK. Con mil amores. Agradeciendo en el alma su fineza.

TOLSTOI. A medias palabras esta pobre señora me ha hecho el relato de sus desventuras... Les perseguía la policía...

KUROK. Sí, señor; matamos a cuatro, pero no pudimos conservar la unión y tuvimos que separarnos... Luego recibimos un buen refuerzo; les acometimos nuevamente, y les hicimos correr a la desbandada, abandonando otros dos muertos en el campo.

TOLSTOI. ¿De modo que son seis hombres los que han matado?

KUROK. Sí, señor.

TOLSTOI. ¡Seis hombres!...

KUROK. Y también debieron quedar muchos heridos, a juzgar por los regueros y manchones de sangre que encontramos.

TOLSTOI. ¡Divino Díos!

KUROK. Esto no es nada, señor... No llega ni a ser una salpicadura de la que se vertió el domingo rojo en San Petersburgo. Quedaron muertos más de cuatro mil obreros por las calles.

TOLSTOI. Aún me espanta el recuerdo de aquella tragedia. ¿Estuvo usted?

KUROK. ¡Y tanto!

TOLSTOI. ¿Y cuál es su aspiración?

KUROK. Levantar a la Libertad que está Caída.

TOLSTOI. ¿Por medio del estrago y la violencia?

KUROK. Claro es.

TOLSTOI. ¿No cree usted que se conseguiría el mismo objeto por medio de la persuasión y la humildad?

KUROK. ¡Hum!

TOLSTOI. Ya veo que no está conforme.

KUROK. No, señor... Hay que conocer a los hombres. Si los poderosos de la Tierra pudiesen obrar con entera libertad, siempre habría señores y esclavos. Unos arriba y otros abajo y la injusticia en medio.

TOLSTOI. El caso es llegar a la Justicia por el camino del mal menor.

KUROK. No me atrevo a discutir con usted. Me callo por respeto.

TOLSTOI. No, Kurok... La opinión de usted merece ser conocida por ruda y franca que parezca.

KUROK. ¿Me da licencia?

TOLSTOI. Le oigo con sumo gusto.

KUROK. A mi parecer, hay cosas que si no se destruyen a golpes, no se destruyen de ningún otro modo.

TOLSTOI. Ha dicho usted una gran verdad... El mal está en el golpe.

KUROK. A mí no se me alcanza más camino que ese. No he practicado estudios, ni conozco más filosofías que la de la lucha a todo trance.

TOLSTOI. Usted filosofa a su manera... Puede vanagloriarse de que sus ideas harán meditar a Tolstoi mucho más que las que emiten ciertos sabios que no tienen el sentido de la realidad que usted revela.

KUROK. Muchas gracias, señor.

TOLSTOI. *(Levantándose. Kurok hace lo mismo.)* No le detengo por más tiempo. Comprendo que los hombres como usted no pueden perderlo en discusiones.

KUROK. ¡Poco orgulloso que me voy de esta casa!... Cierto es que ahora debo aprovecharlo... Antes de que aclare el día tengo que volver al campo de la lucha... Andan algunos compañeros por allí extraviados y no es justo abandonarles.

TOLSTOI. Debe ser terrible la vida fuera de la ley.

KUROK. Todo es acostumbrarse. En la Sibería tenía que luchar con los osos... Aquí tengo que luchar con la policía... De modo que no sé a qué carta quedarme.

TOLSTOI. ¡Todo por la Libertad!

KUROK. ¡Todo por la Libertad.

TOLSTOI. Venga esa mano, Kurok...

KUROK. Hasta otra. Ya me voy tranquilo dejando bien amparada a esa señora.

(Vase Kurok por el foro.)

ESCENA V

TOLSTOI

TOLSTOI. *(Sentándose de nuevo en su mesa escritorio.)* El Mal está en el golpe. No tiene la menor duda. En muchos casos si el golpe se evita, el Mal subsiste. Ese hombre valeroso y rudo, ha llenado de gran confusión mi espíritu... La Libertad está caída. He aquí un mal de hecho... Yo digo como dijo Jesús a Lázaro: «Levántate»... Pero mi voz se pierde en los recintos obscuros de las cárceles, donde padecen los redentores... Se confunde con los gritos de rabia y desesperación que se profieren en las sangrientas luchas, y la Libertad yace caída... ¡Hacer buenos a los hombres!... ¡Así se cortaría el mal de raíz!... ¿No será quimera tan bella esperanza? ¿No será utopía la redención de la Humanidad? Mi espíritu se llena de sombras... Mi corazón rebosa de amargura. ¿A qué costa se convierte en hermosa realidad mi ideal cristiano? A costa de los más cruentos sacrificios. ¡Los malos tienen que triunfar! ¡Los buenos tienen que perecer! Si hay que luchar contra ese destino, dice muy bien Kurok, hay que luchar a golpes. *(Queda profundamente abstraído, apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo la cabeza en las manos.)*

ESCENA VI

Dicho y OFICIAL de policía por el foro, con cuatro individuos a sus órdenes.

OFIC. *(Con voz muy seca.)* ¿El dueño de esta casa?

TOLSTOI. *(Poniéndose de pie.)* Yo soy.

OFIC. ¿Usted es el señor conde?...

TOLSTOI. *(Interrumpiéndole.)* Sin señor conde... Yo soy León Tolstoi. ¿Quién es usted?

Tolstoi. ¿Quién es usted?

OFIC. El Jefe superior de la policía.

TOLSTOI. Iván el Malo, como dice el pueblo.

OFIC. Me enorgullezco con ese calificativo.

TOLSTOI. Sólo de hombre bueno y humilde podría usted vanagloriarse. ¿Y a qué viene a mi casa la policía?

OFIC. Venimos siguiendo la pista a un hombre y una mujer... Por las señas que nos han dado, se trata de uno de los más encarnizados enemigos de la paz del Imperio, del viejo Kurok, el oso siberiano... La mujer...

TOLSTOI. La señora...

OFIC. Bien; la señora es la que venimos persiguiendo desde anoche... Esa, es la viuda de otro funesto y más grande perturbador.

TOLSTOI. ¡El filósofo Ovaldo Padewski!

OFIC. El mismo. Sabemos que han entrado en esta casa.

TOLSTOI. El hombre, el viejo Kurok, marchóse apenas hubo llegado... La señora se encuentra reposando de sus fatigas en aquel gabinete. *(Señalando a la izquierda.)*

OFIC. Entonces, con su permiso y sin más requi-

sitorias, entrad, muchachos, y apoderaos de su persona.

TOLSTOI. *(Cubriendo con su cuerpo la entrada del gabinete.)* Alto, señor Jefe de policía. No se pasa.

OFIC. ¿Tratará usted de impedirlo?

TOLSTOI. Ya lo estoy impidiendo.

OFIC. Hace usted mal, porque nos veríamos obligados a emplear la violencia. Nos cuesta muchas fatigas y mucha sangre esa presa...

TOLSTOI. Quiero emplear con ustedes la humildad... Quiero ver hasta dónde llega la obcecación de los seres humanos... ¡Hermanos míos! Arrojad a tierra esos fusiles. Pensad que antes que soldados sois hombres...

OFIC. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Retírese, se lo ruego.

TOLSTOI. Persiguen a una inocente... Ella no es culpable de las ideas de su esposo.

OFIC. No defienda usted a esa familia de los Padewski... Todos son iguales... Raza maldita... Paso. Paso.

TOLSTOI. ¿Sería capaz de poner las manos sobre mi persona?

OFIC. Si no fuera usted Tolstoi, ya estaría rodando por el suelo.

TOLSTOI. *(Sacando un pliego que lleva consigo.)* Dignos son de lástima... Lea usted.

OFIC. *(Tomando el pliego y leyendo.)* «A todos mis Ejércitos y agentes de Autoridad... Mando que sea respetada la casa de León Tolstoi. Firmado... El Emperador.» Acatada sea la voluntad de nuestro soberano... ¡Perdón! ¡Perdón!

TOLSTOI. No hay que humillarse tanto... *(Señalando con dignidad a la puerta de salida del foro y permaneciendo en esta actitud hasta acabar la frase.)* Esta es la casa de León Tolstoi... Como hombres pueden venir a ella cuando gusten... Como polizontes... nunca.

(Vanse oficial y soldados por el foro con gran sumisión.)

(Mutación.)

CUADRO VI

Telón corto de monte nevado

ESCENA PRIMERA

Aparece ROBERTO por la derecha

ROBERTO. ¡Era el ángel de la casa! ¡Las veces que asalté las tapias de los jardines para traerla flores!... ¡Por ella... cuántas veces corrí anheloso por las huertas para coger mariposas!... ¡Y cuántas subí a las copas de los árboles y a los aleros de los tejados para atrapar nidos de jilgueros!... ¡Emma! ¡Emma! Creí que con los reflejos del alba se dulcificarían estos dolores, y aún los hace más acerbos el naciente resplandor del día... ¡Mejor estaban ocultos en las sombras de la noche! Errante voy por la noche como alma en pena. Me aparto de la cruz y del ángel que yace al pie sin vida... Camino, no sé por donde... Sin guía ni orientación y vuelvo al punto de partida... Y es que mi espíritu gira en torno de la cruz... Allí está el imán que me atrae... Allí está mi hermana. *(Señalando a la derecha.)* La nieve cubrió su rostro... Mis besos la quitaron de su rostro... Allí asoma su carita como un capullo de azucena que hubiese caído sobre la nevada alfombra... ¡Con qué acento tan tierno y angustioso me decía: «¡Me muero, Roberto!... ¡Me muero!...» ¡Lágrimas.. salid a ríos de mis ojos!... Aquí nadie puede tacharme de hombre débil... *(Se cubre con una mano los ojos, apoyándola sobre la frente.)*

ESCENA II

Dicho, y KUROK por la izquierda

KUROK. ¡Roberto!
ROBERTO. ¿Eres tú, Kurok?
KUROK. ¿Lloras?
ROBERTO. Sí. Llorando me sorprendes.
KUROK. ¿Qué hacías aquí?
ROBERTO. Sufría y esperaba.
KUROK. ¿Me esperabas?
ROBERTO. Tenía la seguridad de que vendrías a buscarme.
KUROK. ¿Y Emma, tu hermana? ¿La has cobijado en alguna casa de labriego?
ROBERTO. Mira hacia aquella parte. ¿Qué ves?
KUROK. Una cruz blanqueada por la nieve.
ROBERTO. Mira al pie.
KUROK. Nada distingo.
ROBERTO. ¿No ves allí caída una azucena?
KUROK. ¡Ah! Sí... Una cabecita que asoma entre copos de nieve.
ROBERTO. Esa es mi hermana.
KUROK. ¿Allí de ese modo?
ROBERTO. Duerme.
KUROK. ¡Mal rayo! ¿Ha muerto tu hermana?...
ROBERTO. Ha muerto en mis brazos, anoche, después de haber recobrado la razón.
KUROK. ¡Infeliz! Esto es mucho para ti.
ROBERTO. ¡Kurok! ¡Kurok!
KUROK. Descarga tu pena sobre mis hombros... Esto también es mucho para el viejo Kurok... Preferiría luchar contra todos los osos de la Siberia juntos, que verme en este amargo trance...
ROBERTO. ¡Emma! ¡Emma!
KUROK. Llora, hasta que yo te dé el alto... De paso despediré yo también algunos lagrimones que parece que están rabiando por salir a mis ojos. Ello es que tu hermana ya no sufre...

Me voy convenciendo de que el mejor camino para obtener la Libertad es el que conduce a la muerte... ¡Ya salieron!... (*Enjugándose los ojos de un estrujón con los puños.*) ¡Alto, Roberto!... Ahora a ser hombres y a velar por los vivos, porque a este paso nos vamos a quedar sin gente.

ROBERTO. Sí, Kurok. Es preciso acallar esta pena con mano de hierro. El dolor me abstrajo hasta olvidar a los vivos... Tus palabras me sacan de este abismo doloroso. ¿Y mi madre? ¿Y Julia y Beatriz?

KUROK. Tu madre se halla al amparo de toda persecución.

ROBERTO. ¿Dónde?

KUROK. En la casa de León Tolstoi.

ROBERTO. ¿La llevaste tú?...

KUROK. ¿Quién había de ser?

ROBERTO. ¿Ella te dijo que?...

KUROK. Yo no hice más que obedecer sus órdenes.

ROBERTO. ¡Mi madre en la casa de Tolstoi!... ¡Respiro! ¿Y Julia?

KUROK. Se fué con nuestros amigos... Regocíjate, Roberto. Tu hermana tiene un corazón valeroso. Desde anoche, nuestra causa ha ganado un nuevo campeón.

ROBERTO. Me llenas de asombro... Mi hermana es tímida como una corderilla.

KUROK. Combatió a nuestro lado como un león... Tú eres valiente... Tu hermana lo es más todavía.

ROBERTO. ¿Y Beatriz?

KUROK. Este es el hueso que tenemos que roer.

ROBERTO. ¿Qué ha sido de mi hermana?

KUROK. Entendámonos. ¿Puedo o no puedo decirte las cosas como se hace con los hombres?

ROBERTO. Sí. Habla.

KUROK. Beatriz cayó en poder de la policía.

ROBERTO. ¡Oh!

KUROK. Has de saberlo. Cuanto antes mejor. Yo vi cómo se la llevaban; mas no he querido decir nada a tu madre porque me inspira mucha lástima esa buena señora.

ROBERTO. ¿No pudiste evitarlo, Kurok?

KUROK. O Beatriz o tu madre... Me encontré en ese grave apuro... No me fué posible acudir a la defensa de ambas... Y aun tuve que soltar el cuadro de Julia «La Libertad Caída», que quería conservar a toda costa. También perdimos esa joya en aquella refriega...

ROBERTO. ¡Preso Guillermo!... ¡Cautiva Beatriz!... ¡Emma enterrada en la nieve!... ¡El mundo se ha desplomado sobre mi hogar!

KUROK. Aun tenemos puños y coraje para sacar de la cárcel a los prisioneros. Si hay que dar nuevos saltos, los daremos... ¡A vivir, Roberto! Y a luchar. *(Dentro, a lo lejos, redobles de tambores y gritos de ¡Al Palacio Imperial! ¡Al Palacio Imperial!)* ¿Oyes?

ROBERTO. Sí, a lo lejos... Redobles de tambor.

KUROK. Y gritos de ¡Al Palacio Imperial! ¡Qué rayo de esperanza!... Debe ser algún regimiento que se ha sublevado.

ROBERTO. ¿Será posible?

KUROK. Adiós, Roberto.

ROBERTO. Detente. ¿Dónde vas?

KUROK. A ponerme a la cabeza de ese regimiento.

ROBERTO. Alto, digo yo también ahora. Ya he recobrado la serenidad. El hombre vuelve a ser hombre. ¿Quién manda aquí?

KUROK. Tú.

ROBERTO. Te prohibo que des ni un paso más.

KUROK. Pero... ¿No oyes? ¿No se enardece tu sangre?

ROBERTO. Sea lo que fuere. Debemos permanecer a la expectativa... Basta ya de todo acto irreflexivo... No conocemos el origen ni el motivo de esa sublevación, caso de que lo fuera... No hay que arriesgar la vida inútilmente.

KUROK. Bueno. Te obedezco.

ROBERTO. Además, ¿no aciertas a ver que, ante todo, debemos cumplir una misión sagrada?

KUROK. Dispénsame, Roberto. Desde que ha llegado a mis oídos el redoble de esos tambores, no veo más que tiros y cuchilladas por todas partes. ¿Qué misión es esa?

ROBERTO. Vuelve los ojos.

KUROK. *(Mirando a la derecha y descubriéndose.)* ¡Ah! ¡La cruz! ¡Tu hermana muerta! Ya comprendo.

ROBERTO. Vamos a darle sepultura en la forma que nos sea posible.

KUROK. Sí; vamos. *(Vanse por la derecha.)*

(Mutación.)

CUADRO VII

El patio del Palacio Imperial. Este patio tiene acceso por la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Aparecen los GRANADEROS formados a dos de fondo, dando frente al público. El CORONEL a la cabeza. El TENIENTE a un extremo.

TEN. El general Gurben, que viene en representación de Su Majestad el Emperador.

COR. Granaderos... ¡Firmes!

ESCENA II

Sale GURBEN por la derecha al són de la marcha rusa que tocan los clarines. Síguenle otros generales de Estado Mayor. Un oficial es portador de unas insignias, una granadera y una espada.

GURBEN. ¡Granaderos!... Habéis arrojado la mancha de la indisciplina sobre vuestra limpia historia militar. Seis regimientos de cosacos cercan este alcázar, dispuestos a caer sobre vosotros a mi primer aviso. Dada la orden, seríais aniquilados en el acto. ¿Sabéis por qué no hago con vosotros esa severa justicia? Porque el Em-

perador es vuestro coronel honorario. Hasta este momento se honró con llevar vuestro mismo uniforme, porque había formado un concepto más alto de vuestras virtudes militares... ¿Vale más el capitán Guillermo, cuya libertad demandasteis sediciosamente, que vuestro Emperador? ¿No tenéis ordenanzas que cumplir ni deberes que ejecutar? El acto de indisciplina que habéis cometido, precisamente cuando la salud del Imperio reclama mayor sumisión y respeto de sus Ejércitos, releva a Su Majestad del compromiso que con vosotros había contraído... Ya no puede ser vuestro coronel... Tiene que arrojaros las insignias con las cuales pretendía, equivocadamente, enalteceros y enaltecerse a la faz de la Nación... Ahí tenéis su granadera... *(Les arroja la granadera.)* Ahí tenéis las divisas de su grado. Ahí tenéis la espada... Nada vuestro le pertenece.

COR. *(Sacando rápidamente el revólver.)* No puedo resistir esta afrenta... Voy a lavarla con mi sangre... *(Se dispara un tiro en la sien y cae.)*

TEN. *(Acercándose a él.)* Mi general, ¡se ha matado! *(Pausa.)*

GURBEN. ¡Granaderos! Ahí tenéis el resultado de la crisis del honor. Vuestro coronel efectivo se ha visto obligado a lavar con su sangre la mancha que habéis arrojado sobre la bandera del regimiento. Caiga su muerte sobre vuestra conciencia. Habéis perdido el aprecio de vuestro Emperador... Queda el acto terminado. Vamos, señores.

(Vanse por donde vinieron.)

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

CUADRO VIII

Sala opulenta en el palacio del primer Ministro Gurben

ESCENA PRIMERA

Aparece GURBEN sentado en su mesa escritorio

GURBEN. Hay que acabar con toda esa familia de los Padewski. ¡Son terribles!... El ex-capitán Guillermo será fusilado. Hay que dominar a toda costa los nobles sentimientos del Emperador, que se empeña en indultarle... Dice que el asalto a la cárcel puede explicarse por la desesperación del hijo viendo cómo van a fusilar a su padre... Será preciso amontonar nuevos cargos sobre el proceso... Todo estriba en que pudiera determinarse de un modo concreto la culpabilidad de Roberto, su hermano, hasta que quedaran bien patentizados los propósitos regicidas que le trajeron a San Petersburgo.

ESCENA II

Dicho, y OFICIAL de policía por el foro

OFIC. ¿Hay permiso?

GURBEN. Adelante, Iván, adelante. ¿Viene a comunicarme mejores noticias?

OFIC. No, señor.

GURBEN. ¿Beatriz no declara?

OFIC. Se ha encerrado en su sistema de negarlo todo. Se empeña en decir que nada sabe...

GURBEN. ¿Niega también que tiene un hermano que se llama Roberto..

OFIC. Eso es lo único que no ha podido negar.

GURBEN. ¿No la intimida la cárcel?

OFIC. Mucho; pero esto no basta para que ceda en su obstinación.

GURBEN. Habrá que someterla a la ruda prueba del tormento.

OFIC. Sólo por ese medio podremos averiguar la verdad.

GURBEN. Iván; si consigue apoderarse de la persona de ese Roberto, será usted pródigamente recompensado.

OFIC. Mi deseo es complacer a usted, mi general.

GURBEN. ¿Nada ha podido inquirir por su parte la policía?

OFIC. Lo que usted ya sabe... Supónese que uno de los dos hombres que tan rudamente se defendieron, era Roberto... El otro...

GURBEN. Sí, Kurok...

OFIC. Buena pareja, mi general.

GURBEN. Pero buena... Quisiera sepultarles en vida en una mazmorra hasta que allí pereciesen sin que nadie les prestase auxilio, atados de pies y manos. Rebeldes de esa especie no merecen ser fusilados, porque es hacerles demasiado honor.

ESCENA III

Dichos y un AYUDANTE con una tarjeta y un pliego

AYUD. ¡Mi general!

GURBEN. ¿Qué ocurre?

AYUD. Una tarjeta y un pliego.

GURBEN. *(Al ayudante.)* Espere usted.

OFIC. Me retiro.

GURBEN. No, aguarde. *(Leyendo la tarjeta aparte.)* ¡Aquí León Tolstoi!... ¿Y este pliego? Me ordena el Emperador que haga lo posible por complacerle en la demanda que le trae. Sospecho que Tolstoi no viene para nada bueno. *(Al ayudante.)* ¿Dónde espera?

AYUD. En la antesala.

GURBEN. Que pase. Iván, aguarde órdenes en la estancia inmediata.

(El ayudante vase por el foro. Iván por la derecha.)

ESCENA IV

GURBEN

GURBEN. Tolstoi favorece a los Padewski... Sepamos el objeto que le trae.

ESCENA V

Dicho y TOLSTOI por el foro

TOLSTOI. ¿El general Gurben?

GURBEN. Pase sin cumplimiento alguno. Es usted una gloria del Imperio ruso.

TOLSTOI. Llamárame usted solo un hombre de bien, y esto sonaría mejor en mis oídos.

GURBEN. Ya sé que se trata de un escritor muy original. Tome asiento.

TOLSTOI. No. Deseo decir el objeto que me trae a pie firme.

GURBEN. Le eleva mucho a mis ojos la recomendación que trae.

TOLSTOI. Deseo que se ponga en libertad a Beatriz Padewski, que se halla encarcelada y es inocente.

GURBEN. No hay ningún Padewski a quien pueda calificarse de inocente. ¿Sabe usted a lo que

vino su hermano Roberto desde Berlín a San Petersburgo?

TOLSTOI. Castíguese a su hermano.

GURBEN. De eso precisamente se trata, de averiguar su paradero.

TOLSTOI. Averígüese por los medios que presta la Justicia.

GURBEN. Este es un caso extraordinario. El Imperio se halla intensamente sacudido por las revueltas que se suceden a cada paso y hay que extirpar los gérmenes.

TOLSTOI. Beatriz es inocente.

GURBEN. Entonces... ¿cómo se obstina en callar?

TOLSTOI. Señor Ministro... Yo no he venido a discutir la razón o sinrazón de las acciones humanas... Beatriz calla porque se trata de su hermano... Donde usted ve un delito, yo veo una virtud... Así es que usted y yo, en materia de moral piadosa y cristiana, jamás podremos llegar a un acuerdo... Le suplico que extienda una orden para que recobre la libertad esa infeliz prisionera.

GURBEN. ¿Con tal autoridad?...

TOLSTOI. Ahora lleva usted razón... Mi tono debe ser más humilde... Suplícole que ponga término a los sufrimientos de esa pobre muchacha. Su juventud... La educación que ha recibido... La delicadeza de sus costumbres... Todo induce a compasión. ¿Tiene usted hijas, general Gurben?

GURBEN. Sí; tengo hijas.

TOLSTOI. Entonces se lo suplico por la que más hondamente se haya apoderado de su afecto paternal...

GURBEN. En los deberes que impone la gobernación del Estado, no hay padres; hay sólo gobernantes...

TOLSTOI. Sofismas que hacen desgraciados a los hombres... Hallárase una de sus hijas prisionera en igualdad de circunstancias, y León Tolstoi se arrojaría a los pies del Emperador pidiendo la misma gracia.

GURBEN. Está bien. Estudiaremos el asunto.

TOLSTOI. No, señor...

GURBEN. ¿Cómo?

TOLSTOI. Estoy resuelto a no salir de esta cámara, sin ser portador de esa orden de libertad.

GURBEN. Sin duda no conoce los deberes que me impone la autoridad que represento.

TOLSTOI. Y usted desconoce el valor que tiene una súplica de Tolstoi hecha con la humildad que hubiera podido emplear el propio Jesús.

GURBEN. Consultaré el caso con el Emperador.

TOLSTOI. ¡Misericordia para esa desgraciada!

GURBEN. Su Majestad no se ha percatado a fondo de las razones de Estado que impiden la concesión de semejante gracia.

TOLSTOI. ¡Piedad para esa infeliz!

GURBEN. Los pueblos no se gobiernan con la piedad.

TOLSTOI. Ni misericordia ni piedad... ¡Justicia! ¡Justicia!

GURBEN. Concédame un plazo.

TOLSTOI. El dolor no espera.

GURBEN. ¿Ni un día?

TOLSTOI. En un día puede ser sacrificado el inocente.

GURBEN. Daré conocimiento al Emperador de esa intemperancia.

TOLSTOI. Yo también le enteraré del malogro que obtienen mis nobles propósitos y el de su gracia generosa.

GURBEN. Distingamos: El Emperador me pregunta sólo si hay forma para complacer a usted. No hay forma. No se trata de un mandato.

TOLSTOI. ¿Si el Rey mandase, suplicaría Tolstoi?

GURBEN. En términos tan críticos, no es posible acceder a lo que usted solicita.

TOLSTOI. Está bien. Volveréme al Palacio Imperial; pero esta vez no será sólo para insistir en mi demanda de justicia. Tolstoi es humilde, es bueno, es cristiano, pero no imbécil, señor Ministro. Deberé hacer algunas enmiendas a mi doctrina de la irresistencia al Mal. Yo no escribo únicamente obras cristianas; sigo paso a paso los actos de Gobierno que a tan bajo nivel ponen a nuestro país a los ojos del mundo

civilizado... Sabrá el Emperador que no es él la causa de este ambiente de odios que se respira, sino los funestos personajes que le rodean.. Sabrá que al amparo del trono y en desdoro de su prestigio, se cometen los crímenes más horrendos por aquellos que mayor lealtad debieran guardar a la corona... Sabrá el Emperador cómo sus Ministros se enriquecen fastuosamente, inventando y hasta fomentando conspiraciones que influyen en el alza y baja de los valores públicos... Sabrá el Emperador que se conceden pasaportes a cambio de sumas crecidas, a los personajes que andan comprometidos en los manejos ocultos de la revolución... Sabrá el Emperador la causa que dió motivo a la sedición de sus más fieles granaderos, soliviantados porque un esbirro trató de manchar la faz de un valeroso soldado. Sabrá el Emperador... *(Tolstoi se detiene al ver que el Ministro escribe nerviosamente la orden de libertad.)*

GURBEN. *(Después de haber escrito, entregándole a Tolstoi la orden extendida.)* La orden de libertad.

TOLSTOI. Dios con todos, señor Ministro.

(Vase por el foro.)

ESCENA VI

GURBEN

GURBEN. *(Aproximándose al cuarto derecha y llamando.)* ¡Iván! ¡Iván! Aquí al momento.

ESCENA VII

Dicho, e IVAN por la derecha

OFIC. Aquí estoy, mi general.

GURBEN. Monte usted a caballo y al galope váyase a la prisión donde se halla detenida Bea-

triz. Procure a toda costa arrancarle la revelación que apetecemos.

OFIC. Habrá que someterla al tormento.

GURBEN. No importa... Todos los medios son buenos cuando se trata de esos Padewski que el diablo confunda. Si no hay otro medio, que haga el dolor su oficio. Anticípese secretamente a la orden de libertad que acaba de arrancarme ese Quijote de León Tolstoi.

OFIC. Corro al punto.

GURBEN. A caballo y a galope.

(Vase Iván por el foro.)

(Mutación.)

CUADRO IX

Telón corto de calle

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha LABRIEGO I, II y III, seguidos de otros muchos.

LABR. I. Adelántate tú, Okast, entra en la casa del amo y dile que aquí venimos para hablarle del asunto de las tierras, si le viene bien que hablemos.

LABR. III. Allá voy.

LABR. I. Aquí esperamos.

(Vase labriego III por la izquierda.)

ESCENA II

Los mismos, menos LABRIEGO III

LABR. I. Hay que obrar con política. No vayamos a perder las tierras y los arriendos.

LABR. II Tú tienes mucha cabeza. Manda lo que gustes Bastante haremos con obedecerte.

LABR. I. Lo primero es saber si está en casa el señor conde. Luego si quiere que hablemos y si quiere recibirnos, porque si no está en casa o no quiere recibirnos, ¿cómo queréis que hablemos?

LABR. II. Eso está muy claro y lo comprende cualquiera.

LABR. I. Y lo que tarda Okast...

LABR. II. Ahí vuelve.

ESCENA III

Dichos, y LABRIEGO III por la izquierda

LABR. III. Que no está, pero que no debe tardar en volver.

LABR. I. ¿Qué os parece?

LABR. II. Eso que dice Okast, que no debe tardar en volver.

LABR. I. ¿Sois de opinión que le aguardemos?

LABR. II. ¿Qué se pierde con eso?

LABR. I. ¿Tú qué opinas? *(Al labriego III.)*

LABR. III. Yo creo que no se pierde nada.

LABR. I. Entonces, dicho y hecho. Nos plantamos aquí.

LABR. II. Lo hemos acertado. *(Pausa.)*

LABR. I. Vamos a ver si antes de hablar con el amo aprovechamos el tiempo y conseguimos todos pensar a una, para que no tire cada cual por su lado cuando le hablemos. Oigamos a Okast, que es el más viejo, y, por consiguiente, el más zorro de todos nosotros.

LABR. III. Desde el momento en que nuestro amo el señor conde Tolstoi nos regala las tierras, porque dice que el que suda trabajándolas es el que debe poseerlas, yo dije para mis adentros: Aquí hay malicia.

LABR. I. Con eso estamos todos conformes. Adelante.

LABR. III. Y habiendo malicia tiene que haber negocio

LABR. I. Por fuerza.

LABR. III. ¿Me regalaríais nadie de vosotros una finca?

LABR. I. De ningún modo.

LABR. II. Claro que no.

LABR. III A ver si os parece bien esta sentencia. El amo que regala las tierras a los arrendadores, pudiendo cobrar los arriendos, debe hacerlo con segunda intención o está loco.

LABR. I. ¡Justo y cabal!

LABR. II. Y nuestro amo no está loco.

LABR. I. ¡Qué ha de estarlo, si sabe más que Jesús de Nazaret!

LABR. III. Jesús tampoco sabía mucho. ¿A quién se le ocurre sacrificarse por nadie?

LABR. I. Yo estuve toda la noche haciendo números con los dedos. Ya sabéis que tengo mucho cálculo y aritmética.

LABR. II. ¿Y qué has sacado?

LABR. I. Que eso que nos propone el señor conde de que no le paguemos los arriendos y que nos quedemos con las tierras, es nuestra ruina.

LABR. III. Has puesto el dedo en la llaga.

LABR. II. Yo he sacado la cuenta con granos de maíz. He puesto los granos de maíz, que figuran ser las tierras, a un lado. Luego he puesto unas monedas, que figuran ser los arriendos, a otro... He quitado los granos de maíz y han quedado los arriendos... He quitado los arriendos, y no ha quedado nada.

LABR. I. A ver si ahora nos quedamos por tu cálculo sin una cosa ni otra.

LABR. III. ¡Fuera ese cálculo!

TODOS. ¡Fuera!

LABR. II. No me dejáis acabar... Las cuentas están bien sacadas... Ahora falta que se expliquen.

LABR. III. Explícalas de modo que no nos quedemos sin algo.

LABR. II. Lo que se prueba con mi cálculo es que si aceptamos las tierras y no pagamos los arriendos, corremos peligro de quedarnos sin nada. Por lo tanto, hay que decirle al señor conde que no queremos las tierras. Porque,

¿cómo es posible que el amo se quede sin cobrar los arriendos?

LABR. I. Esa es la pura verdad. Yo puedo presentar una prueba clara y terminante.

LABR. III. Venga esa prueba.

LABR. I. Hace más de seis años que yo no pago los arriendos.

LABR. II. Ni yo tampoco.

LABR. III. Ni yo.

LABR. I. Sacad la consecuencia.

LABR. II. Que la saque el más zorro.

LABR. III. La consecuencia es la que yo he sacado. Que por aquí anda oculto algún negocio.

LABR. II. Ahí está el toque.

LABR. III. Y que, si no andamos listos, vamos a perderlo todo.

LABR. I. Ya nos hemos entendido. Ahora, cuando hablemos con el amo, le diremos que no queremos las tierras. ¿Se aprueba?

TODOS. Aprobado. Aprobado.

LABR. II. Aquí viene el señor conde.

ESCENA IV

Dichos, y TOLSTOI por la derecha

LABR. I. Salud, señor conde. *(Descubriéndose, lo mismo que los demás.)*

TOLSTOI. ¿Qué es esto, amigos míos? ¿Qué ocurre?

LABR. I. Hemos venido para que hablemos.

TOLSTOI. No hay necesidad de que os descubráis para eso.

LABR. I. Con licencia. *(Cubriéndose. Los demás le imitan.)*

TOLSTOI. Pero sed muy breves... os lo suplico... Solicita mi atención un asunto muy urgente.

LABR. I. Hemos recibido el aviso de que usted nos regala las tierras que tenemos en arriendo.

TOLSTOI. Efectivamente. Pensándolo bien, he caído en la cuenta de que yo no tenía derecho a llamarme cristiano, cargado de fincas. Jesús iba sólo cargado con la cruz... Ese es el motivo por el cual me he decidido a donaros las propiedades de labranza que me habéis arrendado. Desde hoy, son vuestras completamente. Aprovechadlas, amigos míos, y nada me agradezcáis. Os dejo, porque tengo que cumplir con otro deber cristiano. Adiós a todos.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

Los mismos menos TOLSTOI. Los labriegos se miran unos a otros un gran espacio.

LABR. II. ¿Qué ha dicho?

LABR. III. Que no le paguemos los arriendos.

LABR. I. Para mí que el señor conde quiere que las cosas sigan como antes.

LABR. II. ¿Se enteró de que no queremos las tierras?

LABR. III. Lo mejor es que nos volvamos al campo y el que quiera las tierras, que las tome, y el que no que las deje.

LABR. I. Eso tendremos que hacer... ¿Hemos perdido nada?

LABR. II. Dilo tú, Okast.

LABR. III. Nada.

LABR. I. Entonces... al trabajo.

TODOS. Al trabajo.

(Vanse por la derecha.)

ESCENA VI

Salen por la izquierda CATALINA y TOLSTOI

TOLSTOI. Vamos señora. El coche nos espera muy cerca de aquí.

CATALINA. Un momento, señor. Tal es el regocijo que experimenta mi alma que necesito respirar...

TOLSTOI. Comprendo su emoción... Tome aliento.

CATALINA. ¡Cuántas molestias le ocasiono!

TOLSTOI. Muy al contrario... Deseo la libertad de su hija como si se tratase de la mía propia.

CATALINA. Ya me he repuesto. Vamos... Vamos...

(Vanse por la derecha.)

(Mutación.)

CUADRO X

El recinto de una cárcel, con dos puertas: una al foro y otra a la derecha. En un ángulo, un camastro.

ESCENA PRIMERA

Aparece BEATRIZ con un traje negro, recostada en el camastro. Tras un breve espacio, se incorpora y dice aterrada:

¿Viene alguno? *(Pausa.)* No. No. Me tranqui lizo... Estoy tan asustada que el más pequeñ ruido estremece todo mi sér. ¡Pobre de mí ¿Qué querrán hacer conmigo? Ayer me ense ñaron la sala que está ahí contigua, par que viera las máquinas de dar tormento. S me heló la sangre en las venas. No he podid pegar los ojos en toda la noche. Dijéronme qu si me empeñaba en no decir la verdad, ma tirizarían mi cuerpo... ¡Qué horror! Quiere que les diga dónde está Roberto... ¿Pero cóm

había de decirlo, aunque lo supiera, siendo mi hermano?... ¡Qué daño deben hacer en la carne aquellos instrumentos! ¿Por qué me habrá dado Dios tan poca fortaleza?... ¡Madre de mi vida! ¡Qué dolor tan grande sería el tuyo si conocieses mis angustias!... A Dios le pido que nada sepas, para que no te alcance esa amargura... ¿Se habrán salvado? ¿Se hallarán, como yo, prisioneras? Estos hombres nada quieren decirme... ¡Qué miradas tan feroces me dirigen cuando les digo que nada sé de mi hermano!... ¡Ay! Siento ruido... Abren la puerta... Ahora sí que vienen. ¡Soy perdida!

ESCENA II

Dicha, y el OFICIAL de policía, que entra por la puerta del foro, seguido de dos esbirros, fornidos y de muy mala catadura. Cierran tras sí la puerta.

OFIC. A ver si hoy es usted buena muchacha.

BEATRIZ. *(Con acento estremecido.)* ¿Y esos hombres? ¿Quiénes son esos hombres? ¿Por qué vienen con usted?

OFIC. Esos hombres no hacen daño alguno a las personas que no ocultan la verdad a la Justicia.

BEATRIZ. Ya he dicho todo lo que sabía.

OFIC. Vamos a ver. ¿A qué vino su hermano Roberto a San Petersburgo?

BEATRIZ. *(Con acento entrecortado y tembloroso.)* Había terminado su carrera de ingeniero mecánico, y hacía ya muchos años que no había visto a su familia... Vino y nos alegramos mucho todos al verle.

OFIC. ¿Y qué hizo su hermano luego? ¿Dónde pasó la noche cuando estalló la revolución del domingo rojo?

BEATRIZ. En casa. No se movió de casa.

OFIC. Ya falta usted a la verdad.

BEATRIZ. Yo no seguí sus pasos. Toda la noche estuve temblando de miedo al lado de mi madre.

OFIC. Supongamos que así sea. ¿Cuándo desapareció Roberto de su casa?

BEATRIZ. Lo ignoro, señor, lo ignoro.

OFIC. Vamos a la segunda parte.

BEATRIZ. *(Aparte.)* ¡Tengo mucho miedo!

OFIC. ¿Por qué huyeron ustedes, abandonando su hogar?

BEATRIZ. Vinieron dos hombres y nos dijeron que al llegar la noche vendría la policía a prendernos. Entonces mi madre dispuso que nos envolviésemos con unos abrigos y que la siguiéramos sin perder tiempo antes de que nos prendiesen.

OFIC. ¿Y se fueron con aquellos dos hombres?

BEATRIZ. Sí, señor.

OFIC. ¿Por qué huyeron de la policía? ¿Qué es lo que temían? ¿Qué delito habían cometido?

BEATRIZ. Lo ignoro, señor, lo ignoro.

OFIC. ¡Bendita ignorancia!... ¿Quiénes eran aquellos dos hombres?

BEATRIZ. Dos desconocidos.

OFIC. ¿No era uno de ellos Kurok?

BEATRIZ. ¡Kurok!... ¡Kurok!..

OFIC. Recuérdelo usted bien.

BEATRIZ. No lo recuerdo. No lo recuerdo.

OFIC. Y el otro, ¿no era su hermano Roberto?

BEATRIZ. No, señor, no.

OFIC. *(Dirigiéndose a los esbirros.)* Abrid la sala de tormento.

BEATRIZ. *(Juntando las manos en actitud suplicante.)* ¡Piedad!... ¡Piedad!...

OFIC. Ya le enseñamos ayer las máquinas que se encargan de amansar a los que son muy rebeldes y tenaces... Le prevengo que el dolo

que producen en la carne y en los huesos es horrible.

BEATRIZ. ¡No me hagan daño!... ¡No me hagan daño!...

OFIC. Declare la verdad. Diga todo lo que sepa.

BEATRIZ. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

OFIC. ¿Quiénes eran aquellos dos hombres que fueron a su casa para advertirles del plan que tenía la policía?

BEATRIZ. ¡Aquellos dos hombres!... ¡Aquellos dos hombres!...

OFIC. Sí. ¿Quiénes eran?

BEATRIZ. No puedo recordarlo. No puedo recordarlo.

OFIC. Uno de ellos era Kurok, el oso siberiano. ¿No oyó usted decir que era el oso siberiano?

BEATRIZ. ¡Pobre hombre! No. No.

OFIC. Cogedla.

(Los esbirros cogen bruscamente a Beatriz, uno por cada lado.)

BEATRIZ. No me agarren así, que me hacen daño.

OFIC. Pronto se queja.

BEATRIZ. ¡No me martiricen! ¡No me martiricen!

OFIC. Aun puede usted evitarlo diciendo la verdad. El otro era su hermano Roberto. No lo niegue.

BEATRIZ. ¡Madrecita mía! ¡Si vieras a tu hija en este estado!

OFIC. Al tormento, sin más contemplaciones.

(Los esbirros conducen a Beatriz hasta hacer mutis por la puerta izquierda.)

BEATRIZ. *(Sin hacer ninguna resistencia, se deja llevar dando quejidos.)* ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

OFIC. Cerraré la puerta; no vaya a venir a punto ese Quijote. *(Vase por la izquierda, cerrando tras sí con un fuerte golpe de cerrojo.)*

ESCENA III

Aparecen por el foro CATALINA, TOLSTOI y el ALCAIDE

CATALINA. *(Entrando precipitadamente.)* ¡Beatriz! ¡Beatriz! *(Ve que no está en aquel recinto. Observa si está o*

no en el camastro y, convencida, dice:) ¡Aquí no está mi hija.

TOLSTOI. ¿Es esta su prisión, señor alcaide?

ALCAIDE. Sí, señor.

TOLSTOI. Entonces, ¿dónde está la prisionera?

ALCAIDE. *(Comprendiendo que han debido conducirla a la sala del tormento.)* ¡Ah!

CATALINA. ¿Por qué se afecta de ese modo? ¿Dónde está mi hija?

TOLSTOI. ¿Ha llegado aquí alguno antes que nosotros?

ALCAIDE. Sí, señor. El agente de confianza del general Gurben.

TOLSTOI. ¿Ese a quien llaman Iván el Malo?

ALCAIDE. El mismo.

CATALINA. ¿Y qué deduce usted? ¡Cómo me late el corazón!

ALCAIDE. Que han debido conducirla allí... allí...

CATALINA. ¿Dónde?

TOLSTOI. ¿Dónde?

ALCAIDE. A la sala del tormento. *(Señalando a la izquierda.)*

CATALINA. ¡Jesús!

BEATRIZ. *(Con gritos muy doloridos.)* ¡Ay madre mía!... ¡Que me matan!... ¡Que me matan!...

TOLSTOI. ¡Qué horror!

CATALINA. ¡Esa es Beatriz!... *(Yéndose a la puerta derecha para abrirla.)* Cerrada... Está cerrada...

BEATRIZ. ¡Socorro!... ¡Socorro!

CATALINA. ¡Abrid, asesinos!... ¡Abrid, verdugos! *(Dando grandes golpes con la mano sobre la puerta.)*

ALCAIDE. ¡Abrid en nombre del general Gurben!

CATALINA. ¡Abrid!... ¡Abrid!

TOLSTOI. ¡Abrid en nombre de la Justicia!

BEATRIZ. *(Dentro.)* ¡Madre!... ¡Madre!...

CATALINA. ¡La están martirizando! ¡La están martirizando ¡Tolstoi! ¡Tolstoi! ¡Salve usted a mi hija

TOLSTOI. ¡Abrid en nombre de Jesús crucificado!

CATALINA. ¡Hija mía!... ¡Hija mía!

ESCENA IV

Abrese la puerta y aparece el OFICIAL

CATALINA. ¡Ah! Por fin...

OFIC. No vaya usted, señora... *(Tratando de detenerla.)*

CATALINA. ¡Paso, asesino!

(Entra desesperadamente por la izquierda.)

ESCENA V

Los mismos, menos CATALINA

TOLSTOI. ¿Qué han hecho con esa pobre mártir?

CATALINA. *(Dentro, dando un grito desgarrador.)* ¡Hija! ¡Hija!

OFIC. Ha muerto de una congoja en el tormento.

TOLSTOI. ¡Jesús mío!... Perdona si hierve mi sangre y se subleva mi corazón. ¡Tú también te indignaste un día, contra los fariseos!... Comprendo lo que aquí ha ocurrido. La maldad se ha anticipado al perdón... Iván, esbirro de Gurben. Te arrojo a la cara la orden de libertad. *(Le arroja al rostro el pliego que lleva.)* Tu amo es un infame... ¡Tú eres un verdugo!... ¡Miserables!... ¡Miserables!

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO XI

Cámara subterránea, donde verifica sus sesiones secretas el Comité Revolucionario de Rusia.

ESCENA PRIMERA

Aparecen sentados en línea, o dos líneas, a la derecha, ROBERTO y la princesa OLGA REXIA, con otros muchos miembros del Comité. Llevan todos túnicas negras y antifaces. Dándoles frente, junto a una mesilla se halla el Presidente, vestido y enmascarado del mismo modo. En el foro, como esperando órdenes. otros dos miembros del Comité.

PRESID Compañeros... Terrible es la crisis que pone a prueba el temple de alma de cuantos luchan por la libertad del pueblo ruso. La mano férrea del despotismo ha llenado las cárceles de patriotas. Los fusilamientos y deportaciones a la Siberia no acaban nunca.. Los que no sucumben por las descargas de los fusiles, perecen de hambre y de frío en aquellas he-

ladas estepas... Y, para colmo de males, hay que añadir a esa larga lista otro inmenso infortunio... Una flor delicada, el ángel de un hogar, la hija de Ovaldo Padewski, hermana de Roberto, es también sacrificada en obscura cárcel... El espíritu se embarga. El corazón se estremece ante ese doloroso sacrificio... ¡Rindamos culto silencioso a esa pobre mártir!... *(Se descubre y todos le imitan. Pausa.)* Ahora, compañeros, reanudemos nuestros trabajos... Hoy más que nunca se impone la perseverancia en la lucha por la Libertad, que está caída. Hable Roberto Padewski.

ROBERTO. Me alivian vuestras manifestaciones de dolor, pero dice bien el presidente. No hay que desmayar. A la lucha. *(Se acerca a la mesa del presidente y extiende sobre ella un rollo de papel, que figura ser un plano.)* Para que el Comité pueda formarse idea de los trabajos de perforación que se han practicado a máquina y a brazo, subterráneamente, no tiene más que fijarse en este plano. Aquí aparece el barranco en cuya vertiente empieza la boca de la mina... Aquí se halla la fortaleza que hace oficio de prisiones militares. Este pequeño cuadrado indica el lugar subterráneo o recinto que ocupa mi hermano Guillermo... Las líneas negras que parten de la boca de la mina señalan el paso de la galería subterránea que hemos abierto.

PRESID. Poco falta.

ROBERTO. Ya sólo nos separa un metro aproximadamente para desembocar en la pieza que sirve de cárcel al prisionero.

PRESID. ¿Y cuándo crees que?...

ROBERTO. Mañana... y no afirmo que hoy porque ahora la excavación tiene que practicarse con el mayor cuidado.

PRESID. Evitemos ese nuevo fusilamiento, ese nuevo suplicio.

ROBERTO. Doy por segura la liberación de mi hermano...

PRESID. ¿Sigue al frente de los mineros Kurok, ese hombre admirable?

ROBERTO. A su incansable actividad se debe el éxito de la operación practicada. Tiene la naturaleza de hierro y el alma de espartano.

PRESID. ¡Hurra por Kurok!

TODOS. ¡Hurra!

ROBERTO. Ahora, con vuestro permiso, voy también a la mina... La impaciencia me devora... Deseo ver en mis brazos pronto a mi hermano.

PRESID. Espera un instante. Princesa Olga Rexia... ¿Has llevado a término feliz la misión que te confiamos?

PRINC. *(Levantándose y aproximándose al presidente.)* Sí. Aquí está el pasaporte... Es un salvoconducto muy amplio y libre para que pueda viajar sin temor alguno desde San Petersburgo a la frontera. *(Vuelve a ocupar su asiento.)*

PRESID. Está bien... Roberto... Teniendo en cuenta las profundas heridas que has recibido, el Comité desea que vayas a restañarlas a Berlín, al lado de tu santa madre, si otros inesperados sucesos no lo impiden... Abre ese dulce paréntesis en tu vida de heroico luchador... La Libertad ya ha puesto en tus sienes una de sus más gloriosas diademas... Aquí tienes el pasaporte para que juntos podáis realizar el viaje.

ROBERTO. Antes evocasteis el martirio de mi hermana... Mi corazón se conmovió profundamente, pero no acudieron las lágrimas a mis ojos... Ahora, al escucharos, la emoción que experimento es todavía más honda, y mis ojos se han humedecido... Gracias, hermanos míos; mas no puedo aceptar vuestro ofrecimiento... Rusia no está redimida de la opresión que padece. El pueblo necesita, hoy más que nunca, del esfuerzo de sus hijos... Cierto es que mi corazón vierte sangre... Profunda es mi amargura; pero aún tengo vida y alientos para seguir luchando... Váyanse a Berlín las reliquias que aun quedaron de mi familia. Restañen ellos sus he

ridas, dulcificadas por el amor y el reposo... Yo aquí permanezco. ¡Aquí está sembrada la semilla que ha de dar las flores de nuestra redención!... Si es necesario regarla con mi sangre, la regaré con mi sangre... Mi resolución es irrevocable. Adiós, compañeros. *(Vase por el foro derecha.)*

PRESID. Este es un hombre. ¡Viva Roberto!

TODOS. ¡Viva!

(Mutación.)

CUADRO XII

Telón corto figurando ser el paso de una mina subterránea

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la derecha KUROK y CIUDADANO I en compañía de otros varios. Van provistos de espuertas, picos y azadones y linternas sordas.

KUROK. A proseguir el trabajo, camaradas. Ya falta poco.

CIUD. I. A la faena.

KUROK. Yo esperaré aquí a Roberto que no tardará en llegar. Deseo contener sus impaciencias.

CIUD. II. Vamos allá.

KUROK. No olvidéis mis recomendaciones... Escarbad, morded la tierra. Suavizad los golpes con el pico... Horadando el suelo con mucho cuidado, llegaremos hasta las baldosas... Así que esto ocurra, dadme aviso.

CIUD. I. Así lo haremoss.

(Vanse por la izquierda.)

ESCENA II

KUROK

(Oyense dentro los golpes que dan los picos y azadones sobre la tierra.)

KUROK. Hay que ponerle un freno a las ansias de ese mozo. Kurok ha de ser el primero en penetrar en la estancia de Guillermo... Estos golpes de mano requieren todo el dominio que yo poseo para conservar la sangre fría en los momentos críticos en que asoma el peligro... Respondo de Guillermo aunque sea preciso que yo quede en su lugar sin vida... Muriendo Roberto, se pierde mucho... Muriendo yo... ¡Bah! ¿Qué se pierde? Nada. Hombres como yo hay muchos. Yo no tengo madre ni hermanas que puedan llorar mi muerte... Es decir, tengo un hijo... Tengo a Roberto... Se me ha metido en el alma ese muchacho, y se me abren las carnes pensando que pudieran matarle... ¡Infierno y rayo!... ¿Pues no me entra congoja?... Ese León Tolstoi me ha vuelto más blando que una manteca.

ROBERTO. *(Dentro, llamando.)* ¡Kurok!

KUROK. Aquí, Roberto. *(Aproximándose a la izquierda para alumbrar con su linterna el paso de Roberto.)* Guíate por los resplandores de mi linterna.

ESCENA III

Dicho, y ROBERTO por la derecha

ROBERTO. ¿Sin novedad?

KUROK. Sin novedad.

ROBERTO. ¿Habéis seguido trabajando?

KUROK. Con todo ahinco... Hemos descansado un poco para echar un trago y reponer fuerzas, y a la faena otra vez.

ROBERTO. Ardo en deseos de que esto termine pronto. No vivo ni sosiego.

KUROK. Ten calma.

ROBERTO. ¿Crees que tengo poca?... ¿Cómo me has hallado estos días?

KUROK. Aplanado por el dolor.

ROBERTO. Y deseando que termine este paréntesis en que se ha encerrado todo el vigor de mi espíritu... Abrumado estoy como si fuera víctima de una horrible pesadilla. Mi sueño es de plomo... Mi despertar será impetuoso como torrente desbordado. ¿Crees tú que ha de quedar impune el cruento martirio que ha sufrido Beatriz?... ¡Ah! No. No... ¿Ves? Ya me lanzo como caballo impetuoso y sin freno...

KUROK. Así me gustas; desbocado.

ROBERTO. Ya he vuelto a mi pena. Míralo.

KUROK. Mata esa pena.

ROBERTO. ¿Cómo se mata?

KUROK. Como a los osos. Se agarra uno a brazo partido con ellos metiéndoles la cabeza por debajo de la barba y con un cuchillo bien afilado se les abre el vientre en canal. Si ves que sus garras se aflojan, es señal de que no has errado el golpe; de lo contrario, te espanzurra, y «laus Deo». Toma el ejemplo. Agárrate a brazo partido con la pena que sientes. Abrela en canal y verás cómo te suelta.

ROBERTO. Las penas no tienen vientre, Kurok. Clavan sus garras en el corazón y sólo el tiempo las va limando para que suelten su presa. Tengo en el pensamiento la imagen de Beatriz... Me imagino el semblante dolorido que pondría al sentir martirizado su cuerpo... Oigo sus ayes quejumbrosos y me vuelvo loco de rabia y desesperación... ¡Oh! ¡Basta!... ¡Basta!... Aparta, imagen querida... ¡Hablemos!... Hablemos de lo que más importa. ¿Te has fijado en los escombros?... ¿Qué sacan ahora?

KUROK. Vas a verlo. *(Se aproxima a la izquierda y llama mirando hacia arriba.)* Ronisk trae una espuerta llena de escombros de los que están sacando.

ROBERTO. ¿Les has recomendado que no den golpes muy violentos?

KUROK. Sí.

ROBERTO. Bien hecho.

ESCENA IV

Dichos, y CIUDADANO I con una espuerta llena de escombros

CIUD. I. Aquí está.

ROBERTO. Aplica la luz, Kurok. *(Este hace lo que Roberto le indica.)*

KUROK. ¿Qué tal?

ROBERTO. Grava y tierra apisonada... ¡Victoria, amigos, victoria! Ya estamos debajo del pavimento. Ganas me dan de gritar como Colón cuando descubrió la América: «¡Tierra! ¡Tierra!»

KUROK. ¿De modo que?...

ROBERTO. Que estamos a poco trecho de las baldosas. El plano nos ha guiado fielmente. Mis cálculos se han cumplido. Cerca está el momento crítico, el instante supremo... Vamos a echar la última ojeada. *(Vase Roberto por la izquierda, seguido de Kurok y Ciudadano I.)*

(Mutación.)

CUADRO XIII

La prisión de Guillermo. Un camastro a la izquierda. Una mesilla con una luz a un ángulo. La puerta de entrada por la derecha. Guillermo aparece fuertemente atado a un poste clavado en el suelo en medio del foro.

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO

GUILL. ¡Qué situación tan horrible! ¡Qué espantosa agonía! ¡Rómpete, infame madero! ¡Soltadme, duros cordeles que mordéis mis brazos!... ¿Qué hace ese miserable, que no viene para darme la muerte? ¿No dice que he de morir estrangulado esta noche? ¿No afirma que no merezco morir fusilado? ¿Por qué tarda? ¡Lo hará para que se prolongue este martirio y se haga más intensa esta agonía!... ¡A mí, granaderos!... ¡Venid a salvar a vuestro capitán que os llevó a la victoria en cien combates!... ¡Tratan de cubrirme de ignominia!... ¡No quieren que la sangre ennoblezca mi cadáver!... ¡Quieren darme la muerte que llena de afrenta a los más viles asesinos y a los más ruines malhechores... Nadie viene en mi socorro... Mi voz se pierde en el vacío... Y ese canalla no viene... Y mis

brazos destilan sangre... ¡La muerte!... ¡La muerte!... ¡Ay! ¡No puedo más!... *(Inclina la cabeza como rendido por la fatiga. Pausa.)* ¿Otra vez los ruidos subterráneos? Luego no es ilusión de mis sentidos... No es un producto de mi fantasía... Oigamos. Oigamos... Sí... Sí... Hasta parece que retiembla algo el pavimento... La verdad es que Kurok y mi hermano no han debido permanecer con los brazos cruzados... ¿Serán ellos que?... Aléjate, esperanza. No quiero acariciarte para no hacer más amargo y terrible el desengaño. ¿Estarán minando la tierra para salvarme? ¿Otra vez? No tiene duda. Alguien socava el suelo. ¡Maldición! Ya está ahí ese miserable para darme la muerte...

ESCENA II

Dicho, y OFICIAL con dos esbirros calaboceros. Uno de ellos trae una cuerda larga de cáñamo.

OFIC. Llegó tu hora...

GUIL. ¿Por qué has tardado?

OFIC. Ponedle al cuello el nudo y tirad de los extremos cuando yo diga: ¡Estranguladle! *(Los esbirros hacen un nudo escurridizo y la ciñen al cuello del Capitán.)*

GUIL. Te pido un plazo.

OFIC. ¡Hola! ¿Se amansa la fiera?

GUIL. ¡Un plazo! ¡Un plazo!

OFIC. ¿Y transcurrido que éste sea dirás toda la verdad?

GUIL. Sí; toda.

OFIC. ¿Como si no se tratara de tu hermano y sí de otro cualquiera?

GUIL. Sí. Sí.

OFIC. ¿Qué plazo quieres?

GUIL. Una hora.

OFIC. *(Consultando su reloj.)* No es posible. Tu vida no puede prolongarse más allá de las doce en punto de esta noche. Las órdenes que he recibido son terminantes.

GUIL. Media hora.

OFIC. Bueno. Sea media hora. Quitadle la cuerda. *(Los esbirros hacen lo que les indica el Oficial.)* Solo te dejamos... Volveremos dentro de media hora... Ya lo sabes. Si para entonces te obstinas en callar, serás estrangulado... Sin remisión. *(Vanse.) (Mutación.)*

CUADRO XIV

Otra vez el telón corto de galería subterránea

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha ROBERTO y KUROK

ROBERTO. ¿Qué deseas? Ya estamos donde nadie pue escucharnos.

KUROK. Pedirte un favor.

ROBERTO. ¿Cuál?

KUROK. Yo nunca te he pedido nada. He sido siempre leal y obediente para ti como un perro.

ROBERTO. No lo niego.

KUROK. Si me dijeses: asómate a la boca de la mina y arrójate por la vertiente del barranco... me arrojaría sin vacilar.

ROBERTO. ¿Qué quieres? Habla.

KUROK. Que permitas que sea yo quien penetre por la mina en la estancia de tu hermano.

ROBERTO. He de ser yo.

KUROK. Eres un ingrato, Roberto.

ROBERTO. ¡Pobre Kurok! Adivino tu intención. Quieres penetrar el primero porque adviertes que hay peligro.

KUROK. Bueno. Pues por eso.

ROBERTO. No puedo complacerte.

KUROK. Adiós. *(Dirigiéndose a la derecha.)*

ROBERTO. Así me dejas... ¿Dónde vas?

KUROK. Al barranco. A echarme de cabeza.

ROBERTO. ¡Ven aquí!... *(Deteniéndole bruscamente.)*

KUROK. ¿Accedes?

ROBERTO. Bien. Accedo.

KUROK. Vaya, hombre... Parece que te lo hayan dicho al oído.

ROBERTO. ¿El qué?

KUROK. Ahora me da reparo...

ROBERTO. Explícate sin rodeos.

KUROK. Antes de que llegases estaba yo hablando solo... y decía que me has entrado de lleno en el alma... Y también decía que no tengo a nadie que me llore en el mundo, caso de que me muera o me maten, que da lo mismo.

ROBERTO. ¿No estoy yo en el mundo, Kurok?

KUROK. Lo dicho. Tú me has oído.

ROBERTO. Acaba.

KUROK. Y decía yo... ¡Qué, diablos! Decía que no estoy tan desamparado porque tengo un hijo...

ROBERTO. ¡Ah! *(Arrojándose en los brazos de Kurok.)*

ESCENA II

Dichos, y CIUDADANO I, sigilosamente

CIUD. I. ¡Roberto! ¡Kurok!
ROBERTO. ¿Al fin?
CIUD. II. Hemos tocado a las baldosas.
KUROK. Que vengan todos.
(Vase Ciudadano I por la izquierda para cumplimentar la orden de Kurok.)

ESCENA III

ROBERTO y KUROK

KUROK. Mando yo.
ROBERTO. Manda.
KUROK. A ver si podemos matar de un tiro dos pájaros. Libertar a tu hermano y acabar con ese Iván que dió tormento a Beatriz.
ROBERTO. Me has tocado en el alma. Estoy a tus órdenes.

ESCENA IV

Dichos y CIUDADANO I, seguido de los demás, provistos de picos y azadones.

CIUD. I. Aquí estamos.
KUROK. Quedaos con Roberto... Hasta ahora mismo.
ROBERTO. Cuidado, Kurok. Mano al revólver.

CIUD. I. Cuidado, compañero.

KUROK. Llevaré el cuchillo agarrado entre los dientes. Así podré valerme de las manos. Yo tengo bastante con el cuchillo.

ESCENA V

Los mismos, menos KUROK

ROBERTO. *(Con mucha ansiedad y en voz muy baja.)* ¿Tocasteis a las baldosas?

CIUD. I. Sí.

ROBERTO. ¿De modo que?...

CIUD. I. Se levantará una cualquiera de ellas al menor esfuerzo... Yo probé un poco y cedió al instante... Miré por la abertura y...

ROBERTO. ¿Viste a mi hermano?...

CIUD. I. Calma tus ansias... Allí está. El golpe es seguro...

ROBERTO. Me das la vida, ciudadano...

CIUD. I. ¡Silencio!

ROBERTO. Silencio... *(Pausa prolongada.)*

CIUD. I. Nada se oye.

ROBERTO. Ya ha debido penetrar en la estancia.

CIUD. I. ¡Calma!

ROBERTO. ¡Calma! *(Pausa muy larga.)*

GUIL. *(Dentro.)* ¡Roberto!

ROBERTO. Aquí estoy, Guillermo.

ESCENA VI

Aparece GUILLERMO, en mangas de camisa

GUIL. ¡Hermano!

ROBERTO. ¡Hermano! *(Se abrazan.)*

CIUD. I. ¡Hurra!
TODOS. ¡Hurra!

ESCENA VII

Dichos, y KUROK por la izquierda

KUROK. Al barranco todos, que hay peligro. Iván ha descubierto la trampa y se dispone a bajar con los suyos.
ROBERTO. Vamos.
GUIL. Vamos. *(Vanse por la derecha, menos Kurok.)*

ESCENA VIII

KUROK

KUROK. ¡Magnífico!... Esos polizontes me van a pagar esta noche el cuadro de la Libertad que me arrebataron... La luz aquí... De espaldas, para que no alumbre y no adviertan mi presencia. *(Deja la linterna en el suelo, cerca de la salida derecha, y vuelve para mirar a la izquierda.)* Por allí asoma, echando espumarajos de rabia. Viene solo, sin aguardar a su gente. La ira, que le ciega, le impide ver el peligro en que se mete. Esta es la ocasión. ¡Iván!
OFIC. *(Dentro.)* ¿Quién llama?
KUROK. Kurok. El oso de la Siberia.

OFIC. ¿Eres tú, Kurok?

KUROK. El mismo. Baja y lucharemos brazo a brazo aquí, en la sombra.

OFIC. ¿Estás solo?

KUROK. Solo.

OFIC. ¿Te atreverás a luchar conmigo, brazo a brazo?

KUROK. El oso no se espanta del buitre. Baja y arroja tu linterna.

OFIC. ¿Me esperas?

KUROK. Te espero.

OFIC. Allá voy. ¡Ya arrojé mi linterna!

ESCENA IX

Aparece OFICIAL, incierto en la sombra

OFIC. ¿Dónde estás?

KUROK. Aquí.

OFIC. Ya te agarré. *(Arrojándose sobre Kurok.)*

KUROK. Ya te eché las zarpas al cuello.

OFIC. ¡Mal...di...ción!

KUROK. Ya eres mío. Muere estrangulado. Ruge, fiera malvada... Acuérdate de Beatriz. Flor delicada... Tierna azucena... Mis manos son más duras, y te oprimen la garganta como un corbatín de hierro. ¿Aún no mueres? ¡Cómo se pega la maldad a la carne! ¿Aún respiras?... Entonces te arrojo al fondo del precipicio para que tu cuerpo se haga pedazos... ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO. *(Dentro, derecha.)* ¡Kurok!

KUROK. Allá va, peñas abajo, el asesino de tu hermana. ¡Al barranco! ¡Al barranco!

(Mutación.)

CUADRO FINAL

La decoración del monte nevado, con la cruz. Hora, la del crepúsculo. Caen algunos copos de nieve.

ESCENA PRIMERA

Aparece KUROK por la derecha

Ni Guillermo ni Roberto han aparecido todavía. Me alegro de haber llegado yo el primero... ¡Qué caída de tarde tan triste y qué noche de nieve se prepara!... ¡Estos son los cuadros obscuros que apetezco!... Para mí, como si el sol no alumbrara al mundo. Desde que vine de la Siberia, creo que le habré visto la cara dos o tres veces... Yo vivo, como los topos, metido siempre debajo de tierra y siempre con recelo de que descubran el escondrijo... No deja de tener sus encantos esta vida, con la esperanza de que amanezca, tarde o temprano, el Sol de la Libertad, para echarse uno a la calle y sacudirles el polvo a todos los que lo hayan de menester... ¡Y pocas varas de fresno que van a ser precisas!... Se comprende que el que vive a sus anchas no quiera la Libertad... ¿Para qué?... A ese le metería unos cuantos días donde yo suelo

agazaparme, por el gusto de que mudase de opinión... ¡Si a lo menos nos concedieran un turno pacífico; pero ¡bah! Lo quieren todo para ellos, y no hay más remedio que sacudirles el polvo... Aquí vienen... Soy yo.. Adelante.

ESCENA II

Aparecen por la derecha ROBERTO y GUILLERMO en traje de viaje.

GUIL. ¿Es aquí?

ROBERTO. Sí.

KUROK. Ahí la enterramos.

ROBERTO. Abrimos el hoyo a golpes de cuchillo y la dimos sepultura.

GUIL. ¿Al pie mismo de la cruz?... ¿Debajo de esta tierra descolorida?...

ROBERTO. Aquí yace nuestra pobre hermana.

GUIL. *(Descubriéndose como Roberto y Kurok.)* ¡Emma! ¡Pobrecita Emma!... ¿Murió en tus brazos?

ROBERTO. Sí, Guillermo... Cuando la luz bajó a su extraviado cerebro, su organismo quebrantado no pudo resistir la inesperada crisis... Murió en mis brazos, sin agonía, lo mismo que un pajarillo.

GUIL. Dame la mano y aprieta bien fuerte, Roberto... *(Le da la mano.)* Más fuerte... Con toda tu fuerza... Ahora prosigue.

ROBERTO. Yo no podía prestarla ningún auxilio. Grité

como un desesperado pidiendo socorro, pero este lugar está muy apartado. Parece un desierto... Bañaba el cuadro la misma luz moribunda y opaca... Aquél era el crepúsculo de la mañana; éste es el de la tarde, y caían también algunos copos de nieve... ¡Tengo frío, me decía! ¡Tengo frío!...

GUIL. ¡Calla, Roberto!... Eso no puedo resistirlo, aunque me estrujes la mano. Suelta.

ROBERTO. ¿Comprendes mi dolor en aquel trance?

GUIL. Yo no me hubiera sentido con fuerzas para soportarlo...

ROBERTO. Hagamos un esfuerzo y emancipemos el espíritu de aquel recuerdo doloroso. ¿Tienes presentes todas mis instrucciones para hacer el viaje?

GUIL. *(Cruzándose de brazos y mirando fijamente a la tierra mientras Roberto le hace las siguientes recomendaciones:)* Sí.

ROBERTO. Apenas dejéis estos sitios, os saldrá al paso un guía. Es uno de nuestros más fieles amigos. Este os conducirá a la estación inmediata, donde tomaréis el rápido. Al amanecer estaréis en la frontera alemana, fuera ya de todo riesgo.

GUIL. No se me olvida.

ROBERTO. El pasaporte que se halla en tu poder se halla extendido a nombre del Conde Oxfort, quien viaja con su familia de incógnito.

GUIL. Ya me hice cargo.

ROBERTO. Una vez en Berlín, nuestra madre y Julia quedan bajo tu amparo.

GUIL. Sí.

ROBERTO. Yo te escribiré con nombre supuesto.

GUIL. Entendido.

ROBERTO. Escríbime al llegar donde te tengo recomendado.

GUIL. Así lo haré.

ROBERTO. Y si observas que pasa un correo... y otro correo sin que llegue a tu poder carta alguna de tu hermano... nada digas a nuestra madre... Que nada sepa... ¿Lo entiendes, Guillermo?

GUIL. ¿Pero tú no dejarás nunca de escribirme?...

ROBERTO. Nunca, hasta que...

GUIL. Acaba...

ROBERTO. Hasta que una bala o el golpe de un hierro...

KUROK. ¿Y a mí quién me aprieta la mano?

GUIL. Kurok. *(Tomándole la mano derecha.)*

ROBERTO. Kurok. *(Tomándole la izquierda.)*

KUROK. Vaya una manera de conmovernos por cosas que aún están por venir... ¡Como si la Revolución no hubiese nunca de triunfar! El mejor día se levanta San Petersburgo al són de la Marsellesa... Salen unos cuantos regimientos a la calle... Roberto se pone al frente de todos ellos... Yo me pongo a la cabeza de algunos miles de obreros... y ya me estoy relamiendo de gusto... En veinticuatro horas no queda en todo el Imperio ruso ni un solo títere con cabeza... A ti te haremos general, Guillermo... No te apures.

GUIL. Este es un hombre admirable, Roberto.

ROBERTO. ¡Y tanto!

GUIL. Ya tarda nuestra madre... ¿No hubiese sido mejor que la despedida se hubiese verificado en un lugar menos impregnado de amargura y de tristeza? ¿No lograste convencerla?

ROBERTO. No pude conseguirlo. Se empeñó en que había de ser aquí, sobre la tumba de nuestra hermana. Además, la casa de Tolstoi se halla situada en estos alrededores... Nuestra madre y Julia han venido ya muchas tardes a orar al pie de esta cruz.

KUROK. Por allá se ven venir unas sombras.

ROBERTO. Sí. Aquella es la cabeza plateada del gran apóstol cristiano... Allí viene Tolstoi con nuestra madre y Julia. Prepárate, Guillermo.

GUIL. ¡Bendita madre de mi alma! Por fin podré estrecharte entre mis brazos.

ROBERTO. Callemos y esperemos.

ESCENA III

Dichos, y TOLSTOI, y CATALINA, y JULIA

CATALINA. ¿Dónde estás, Guillermo? ¿Dónde estás?

GUIL. Aquí, madre de mi vida.

CATALINA. ¡Hijo de mi alma!

JULIA. ¡Guillermo!

GUIL. ¡Julia! ¡Pedazos de mi sér!... Ya nos hemos unido de nuevo... Madre, ya nunca te separarás de mi lado... Yo restañaré tus heridas con el bálsamo de mi amor... Seré el amparo de tu vida, el consuelo de tu ancianidad; el báculo de tu vejez... ¡Madre adorada!... La suerte ha desgarrado nuestro hogar; pero viendo cómo se agranda el cariño de tus hijos, aun podrá bajar la dicha hasta el fondo de tu dolorido corazón...

CATALINA. ¡Bendito seas!... ¡Señor! *(Dirigiéndose a Tolstoi.)* Le presento a mis dos hijos.

TOLSTOI. ¿El ex-capitán?...

GUIL. Guillermo; a sus órdenes.

TOLSTOI. ¿El batallador revolucionario?...

ROBERTO. Roberto... que le vivirá eternamente agradecido por el auxilio que nos ha prestado.

TOLSTOI. ¿Y el indispensable Kurok?

KUROK. Sin mí no hay salsa posible, señor.

TOLSTOI. ¿Y por qué no se va usted también con su madre, Roberto?

ROBERTO. Señor. ¡Pena me da tener que decirlo! Conmigo se han comprometido otros hombres, que también tienen madres y hermanas en la misma situación... Yo no puedo volverles la espalda para ponerme a salvo, mientras les dejo a ellos en peligro. Mi hermano Guillermo puede abandonarnos impunemente, porque no ha contraído ningún compromiso con la Revolución.

GUIL. Así es la verdad.

CATALINA. Cumple con tu deber, Roberto.

TOLSTOI. ¡Cómo ha de ser!... ¡El hilo de la fatalidad ata los hechos de la vida!... ¡Los compromisos se unen a los compromisos!... ¡Cómo ha de ser!

ROBERTO. ¡Madre! Ya se han realizado tus deseos. Ya nos has reunido a todos, como deseabas, en la hora solemne de la despedida, sobre la tumba del ángel... Antes de que la noche extienda sus negras alas... separémonos... Allá está la frontera alemana... *(Señalando a la izquierda.)* Por allá unos... A este lado los montes de San Petersburgo... Por aquí otros...

CATALINA. ¡Separarnos!... ¡Ay, hijo!... ¿Cómo dejo yo esta cruz que se yergue sobre la sepultura de mi desgraciada Emma?... ¿Cómo abandono esta tierra que guarda el cuerpo martirizado de mi desgraciada Beatriz?... ¿Cómo dejo a San Petersburgo, donde flota la sombra generosa de mi esposo?... ¿Cómo te dejo a ti?... ¡Ay! ¡No tengo valor!... ¡No tengo valor!...

GUIL. ¡Madre!

ROBERTO. ¡Madre!

JULIA. ¡Señor! *(A Tolstoi.)* Tiéndanos de nuevo su mano protectora...

TOLSTOI. Los que se van a Alemania: a un lado. *(Guillermo, Catalina y Julia se separan hacia la izquierda, formando grupo.)* Los que se van a los montes de San Petersburgo: a otro. *(Roberto y Kurok se juntan, formando grupo a la derecha.)* Yo en medio... Quiero quedar solo, después que ustedes se vayan. Despídanse ahora.

ROBERTO. Madre, perdóname todo el daño que te he

producido. Julia, perdóname tú también.

CATALINA. Que no me olvides, hijo; que no me olvides.

JULIA. Vivirás continuamente en mi corazón, hermano mío.

CATALINA. ¡Kurok!

KUROK. Señora. Pocas palabras conmigo, porque estoy para reventar de pena. Julia, hasta que reciba usted el cuadro de la Libertad... Ya sé que lo tiene el general Gurben en su despacho; y lo que Kurok ofrece, se cumple.

CATALINA. ¡Adiós, Emma!...

JULIA. ¡Adiós, hermana mía!

GUIL. ¡Adiós, hermano!... Adiós, Imperio ruso... Te abandono los harapos de mis ensueños de oro... Mis ilusiones de gloria militar... Mi espada, mis galones, mis cruces...

TOLSTOI. En marcha.

CATALINA. Adiós, señor...

TOLSTOI. Adiós a todos... En marcha... *(Señalando con ambas manos la derecha y la izquierda, por donde desaparecen los personajes indicados, diciendo:)*

CATALINA. ¡Hijo! ¡Kurok

ROBERTO. ¡Madre!

KUROK. Señora, es también mi hijo. ¡Váyase tranquila!

JULIA. ¡Roberto! *(Dentro.)*

ROBERTO. ¡Julia! *(Dentro.)*

GUIL. ¡Hermano! *(Dentro, más lejos.)*

ROBERTO. ¡Hermano! *(Dentro, más lejos.)*

ESCENA FINAL

TOLSTOI

TOLSTOI. Ya se alejan... Ya se perdieron en las penumbras del crepúsculo... Unos a la paz... Otros a la guerra... La alegría y el dolor. El Bien

y el Mal. La luz y la sombra... ¡Pobre Humanidad!... ¡Aún no ha terminado tu Calvario!... El orgullo de los magnates, la ambición de los poderosos y la torpeza y el fariseísmo de los malos sacerdotes impiden que el pueblo realice su hermoso y cristiano destino de Redención y Libertad... Mi voz truena, rebosando de cólera contra los verdugos. No. No. Yo no soy el Dios del Sinaí... ¡Témplese mi cólera!... ¡Piedad! ¡Piedad para todos los hombres!

FIN DEL DRAMA

OBRAS TEATRALES DEL EMINENTE AUTOR

JOSE FOLA IGURBIDE

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

El Sol de la Humanidad
El Cristo Moderno
Joaquín Costa o El Espíritu Fuerte
Los Dioses de la Mentira
Ilusión y Realidad
La Máquina Humana
El Pan de Piedra (El Carbón)
El Monstruo de Oro
La Libertad Caída
Emilio Zola o El Poder del Genio
La Pilarica
La Domadora de Leones
La Ola Gigante
El Arte de Enamorar
Giordano Bruno
El Cacique, o La Justicia del Pueblo
La Sociedad Ideal
La Muerte del Tirano

OBRAS DE JUAN B. ENSEÑAT

Catalina de Médicis
Los dos Pilletes
El primo Teodoro